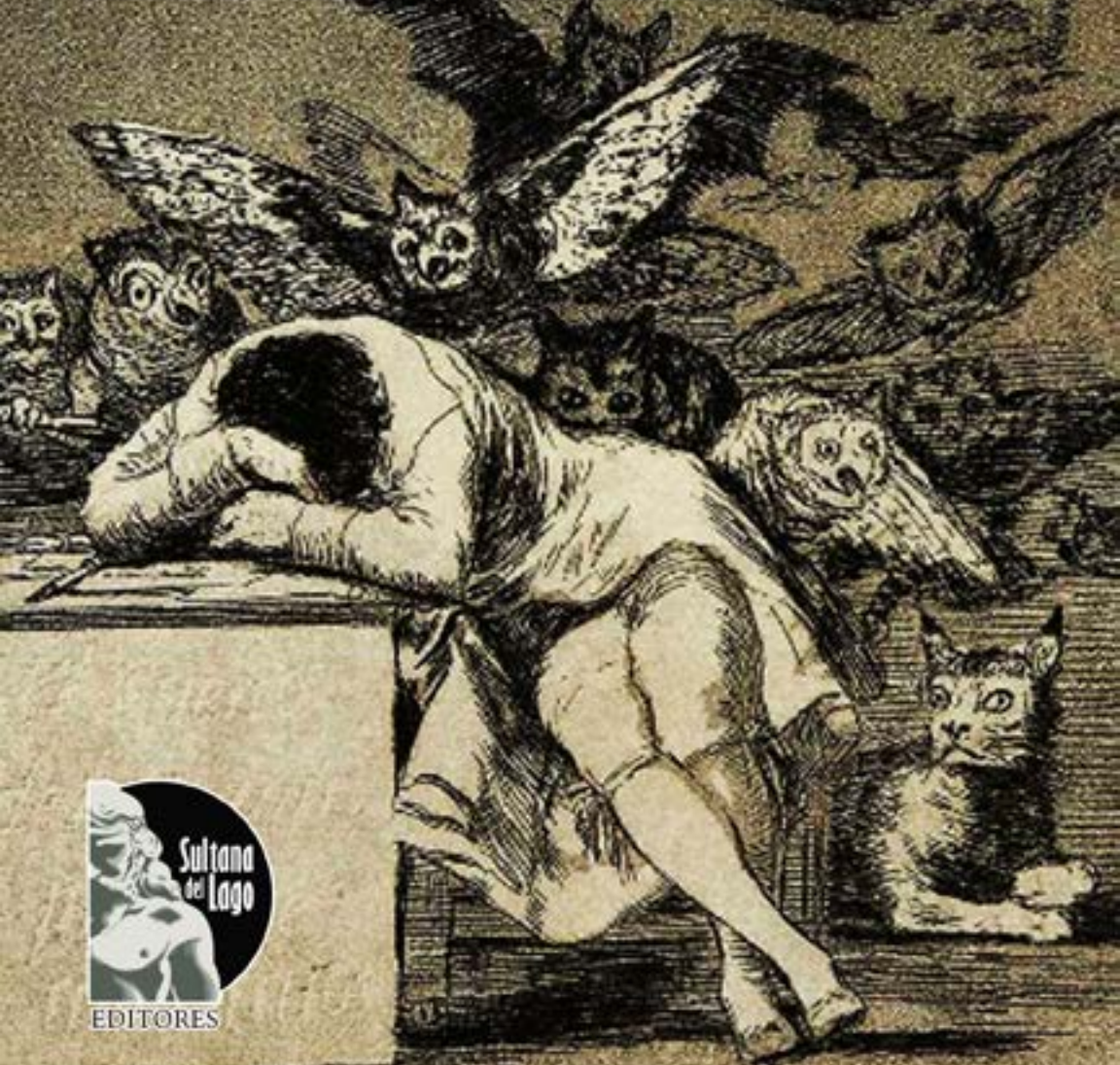


Cuentos humanos

María Cristina Solache Galera



EDITORES

María Cristina Solaeche Galera. Nace en Santa Lucía, Maracaibo, Edo. Zulia, Venezuela. Lcda. Educación. Mención Matemáticas. Mg. en Educación Superior, Mg. Matemática Pura en la Universidad del Zulia, Profesora Emérita Titular de la Universidad del Zulia. Miembro de: Sociedad de Escritores del Estado Zulia, Sociedad de Escritores de Venezuela, la Casa de la Poesía del Estado Zulia. La Peña Literaria César David Rincón. Miembro de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Capítulo del Estado Zulia.

Publicaciones Científicas: **Aspectos históricos del Pensamiento de Newton** (1988). **La controversia L'Hospital—D.Bernoulli** (1993), **Lady Ada Byron y el primer programa para computadoras** (1994), **La controversia entre L.Kronecker y G.Cantor acerca del infinito** (1995), **El Algoritmo de las Operaciones Elementales y la Matriz Escalonada Reducida: Conceptos milenarios y orientales** (1996), **Sistema de tabulación de Coeficientes Binomiales o Triángulo de Pascal: un Modelo Numérico rasga el telar de los tiempos** (1998),

Publicaciones Literarias: **Un ceratias de Barro y Fuego. ARTESA** (1992), **Omar Khayyam: las Matemáticas, la Nada, el Vino y la Amada** (2002), **Amor... asoma. Antología Verano Encantado.** (Centro Estudios Poéticos. Madrid, 2002). Colabora en **SENSIBLES DEL SUR.** (Argentina, 2003). **Poemas** (Revista Paradoja, West Virginia. 2005).

Poemarios: **Un amor de Miel y Ajenjo.** (EDILUZ, 2003); **Poemas Ásperos y Oscuros,** (Astro Data. 2005); **El verano de los tamarindos** (Voz alta ediciones, 2012); y la obra ensayística: **Poesía venezolana dispersa y permanente.** (Ediciones Astro Data. S.A., 2011).

cuentos humanos

María Cristina Solache Galera

Maria Cristina Solaeche Galera ©
Sultana del Lago Editores

Maracaibo, 2019.
PRIMERA EDICIÓN

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 9781676940548

Diseño de portada:
Luis Perozo Cervantes

Ilustración de la portada:
Grabado de Francisco José de Goya y Lucientes (España)

Diagramación y maquetación:
Sultana del Lago Editores

www.sultana.com.ve
+584246723597

Queda prohibida la reproducción y/o comunicación no autorizada con excepción de los casos que impone la Ley sobre el Derecho de Autor en sus artículos 43 y 44. Cualquier individuo u organización que incurriere en el uso no autorizado del contenido de este libro, podría ser castigado de 6 a 19 meses de cárcel según lo establecido en el artículo 119 de la Ley sobre el Derecho de Autor, además de acarrear responsabilidades civiles.

PRÓLOGO

Es un privilegio escribir el prefacio de este libro de la reconocida poeta y narradora venezolana María Cristina Solache Galera, quien de nuevo nos sorprende con unos relatos que ejercen un hechizo sobre el lector. El primer cuento lleva por título “El mundo ceniciento de Marcelo”. Trata sobre un pintor que a raíz de un accidente cerebro vascular, pierde la capacidad de ver los colores. La manera como la autora relata lo que siente alguien en el momento de sufrir un percance de esta naturaleza es notable, impresiona la descripción y el proceso de perplejidad vivido por el personaje. Luego de las vicisitudes que no voy a contar para que no se pierda el encanto de la lectura, transcribo un párrafo que deleita por la sorpresa que transmite:

“...aprendió el artista plástico, a concebir el mundo hermoso en blanco, negro y las gradaciones entre ellos. Adquirió el dominio de la luminosidad de un mundo bruno, de una naturaleza nívea, de un firmamento grisáceo. Un universo ceniciento es ahora para él, un universo magnífico, enormemente soberbio, no es ya un cosmos irrealizable en sus telas, al contrario, es fantástico...”.

El libro lo integran 12 relatos que llevan por título “El mundo ceniciento de Marcelo”, “Las llamadas”, “Las sortijas de la transparencia”, “Era una mariposa”, “El milagro de Ersilia”, “La rosa de

Otilia", "El insomnio de Matías", "Una obra de aliento", "¿Así acaba todo?", "Hilda y el espejo", "El balido de una oveja" y "La silla de ruedas de Bernardo".

María Cristina Solaeche Galera, nació en El Empedrado, Maracaibo, estado Zulia, Venezuela. Es poeta, ensayista y narradora. Es Licenciada en Educación y en Matemáticas, Magister en Educación Superior y en Matemática Pura, títulos obtenidos en La Universidad del Zulia. Profesora emérita de la Universidad del Zulia. Perteneció al Círculo de Escritores de Venezuela y al Movimiento Poético de Maracaibo. Ha publicado los siguientes poemarios: *Un amor de miel y ajeno*, *Poemas ásperos y oscuros*, y *El verano de los Tamarindos*. El libro de relatos *El cubo y lo gris*. Treinta y cinco ensayos sobre poetas venezolanos fallecidos pertenecientes a la literatura de Venezuela. El libro *Ismael Urdaneta: El poeta legionario*. Por publicar los ensayos *Emiliano Hernández: El poeta de los adioses*, e *Ida Gramcko Cortina: "Veré la blanca Flor y será mía, ¡Mía!"*.

La escritura certera de María Cristina Solaeche nos plantea historias apasionantes, que cumplen a cabalidad con las premisas obligatorias en un buen relato: nos convence de su veracidad, en un párrafo dibuja el carácter y la personalidad del personaje, sus obsesiones, temores y conflictos. Y el final siempre es sorprendente. Sus temas van desde el amor imposible, el sin sentido de la vida, la solidaridad y el sacrificio, un escritor que ya no puede escribir, un destino fatal, los sueños, la locura, los celos, la envidia, el perdón y el significado de la muerte. Sus protagonistas revelan los

arquetipos griegos de modo magistral.

Es uno de los mejores libros de cuentos que he leído y estoy segura de que será del agrado del lector.

Carmen Cristina Wolf
Diciembre y en Caracas

*A mi amada hija
Flor María Ledesma Solaeche,
por su entrañable amor
y dedicación a mi persona.
Te dedico estos cuentos para que te
distrigas con la lectura, en tus ratos
de descanso. Estoy segura que te
agradarán.*

EL MUNDO CENICIENTO DE MARCELO

*La belleza de las cosas existe
en el espíritu de quien las contempla.*

David Hume.

*Después de todo, la pintura
se ha de hacer tal como uno es.*

Juan Gris.

Se le paraliza el cuerpo, siente la lengua de plomo, los labios se entumescen, los párpados cargados y pesados, lo obligan a entrecerrar los ojos que apenas vislumbran algunos destellos luminosos a través de los lentes, le hormiguean las palmas de las manos y los pies, tiene sed, una sed intensa, le tiembla el pulso y siente miedo, mucho miedo. A los cincuenta y tres años, Marcelo Guevara ha sufrido un accidente cerebro vascular que le deja dañadas en la retina, las células receptoras del color. A partir de ese fatídico suceso, por más dolorosos esfuerzos que hace con los ojos, la visión solamente distingue el blanco, el negro y las tonalidades intermedias de grises.

Marcelo es un destacado pintor de colores intensos, vivos, de una rica policromía en su paleta. A partir de ese momento, se siente desvalido; hasta el penetrante calor del sol en la tropical ciudad donde vive, lo recibe en el rostro con resentimien-

to, al imaginar el recuerdo de sus cálidos naranjas luminosos.

Sus lienzos de esplendorosas tonalidades, los pomos de colores, la paleta, los pinceles, desesperado lo arruma todo en una esquina de su taller.

Ahora, contempla las frutas, los paisajes, los rostros, los animales, y todo lo que le rodea tiene el color de las ratas, las personas todas ellas con cabelleras entrecanas envejecidas y cuerpos y ropas del color de la ceniza. Le cuesta mucho comer, los alimentos son grisáceos, siente que comiera piedras o gusanos.

Se sienta pensativo frente a su pequeño jardín, ahora gris oscuro; es un patio extraño, casi pesadillesco, y él se esfuerza en imaginarlo verde y luminoso, salpicado de los rojos, amarillos y lilas de las vibrantes flores que él con tanto celo cuida. Su perro, un boxer nervioso y alegre, está enroscado a sus pies, tiene al menos tres tonalidades canelas, pero para Marcelo, es ahora todo de un gris pardusco en el que resaltan las dos almendras negras de los ojos.

Se sorprende al darse cuenta, de que todos los días insistentemente, el cielo parece insinuar una lluvia que se avecina, está siempre de un color gris plomizo más claro o más oscuro, con nubes imitando gigantescos algodones blancos. Es inútil, por mas que extiende la mirada hacia el firmamento, aunque lo mira con fijeza, allí está siempre, un cielo ceniciento.

Le quedan los recuerdos, la sangre roja de la memoria, y con ella se esfuerza Marcelo en recordar diariamente los hechos sucedidos en su vida, como quien medita, él intenta acordarse desde los más sencillos hasta los más complejos, los arduos, los peligrosos, los tiernos; pero atormentado nota, que las evocaciones van perdiendo gradualmente los colores propios, y en su lugar, son suplantados por los insistentes tonos del negro, el blanco y los grises.

Llegan las noches, y con ellas los sueños. Cada anoecer, los colores se van esfumando gradual y paulatinamente. Sobresaltado se despierta en medio de las sombras, y cierra fuertemente los ojos queriendo retener las coloraciones soñadas. Pero irritado se da cuenta, que unas veces falta un color, otras varios, hasta que al transcurrir más de un año, quedan los sueños solamente en negro, blanco y las tonalidades intermedias de los agobiantes grises. Marcelo se desespera, se desazona y angustia al recordar el sueño, pero sabe, que tiene que aceptar racionalmente lo que le está ocurriendo.

Sucede, que a veces, los males suelen potenciar la creatividad, y paradójicamente, ayudan a que afloren poderes creativos que estaban latentes en la buena salud al no tener limitaciones, y que al tenerlas, ellas son el estímulo para logros y adaptaciones fascinantes.

Así sucede con Marcelo, a medida que transcu-

rre el tiempo, él se adapta lentamente a sus privaciones. Y una nueva paleta, nuevas pinturas en colores blanco y negro, nuevos pinceles vírgenes, y hasta un nuevo caballete sustituyen a todo lo anterior.

Para motivarlo, para ayudarlo a salir de la tristeza en que está sumido, amigos, y amigos de sus amigos, organizan una exposición en el museo de artes plásticas de la ciudad, con casi toda la obra que ha pintado desde que reinició paulatinamente el pintar después del accidente, y lo sorprenden llevándolo amigablemente a ella; sorpresivamente, la crítica elogia su obra.

Comienza ya decidido y hasta entusiasmado, a pintar con el blanco, el negro y sus matices, y empiezan a surgir nuevas obras que la crítica de la plástica recibe con muy buenos comentarios.

Marcelo, como pintor, va descubriendo motivaciones e intereses en sus nuevas y muy diferentes obras, y se apasiona por ese nuevo mundo ceni-ciento de sus lienzos.

Seis años han transcurrido ya desde el accidente cerebrovascular, un equipo médico llegado de Francia, con los últimos descubrimientos en su dolencia, le propone operarlo, asegurándole que se restablecerá de nuevo la percepción de todos los colores.

Mientras los médicos le exponen la situación, Marcelo sentado enfrente de ellos, desvía la mirada hacia el techo blanco del consultorio, luego,

se queda mirándose las manos cenicientas, que están abiertas con las palmas extendidas sobre las rodillas, mientras chispas luminosas grisáceas bailotean a su alrededor son las del brillo del sol que entra por la ventana. Se concentra en aclarar el tumulto de pensamientos que se le atiborran repentinamente en la mente.

Se sorprende a sí mismo, aferrado a un nuevo sentir, algo que no ha experimentado nunca. De manera, que ahí se encuentra Marcelo a sus cincuenta y nueve años, con una propuesta médica, casi inaudita, que le permitirá volver al mundo del color otra vez.

Puede haber sentido euforia, una alegría desmedida después de seis años grises, incluso no dudar un instante en aceptar la propuesta médica.

Pero Marcelo es un hombre distinto a la mayoría, y es un pintor diferente. Se frota los ojos por debajo de los anteojos y con serenidad, ante el asombro del grupo de los galenos que mantiene un murmullo persistente, rechaza tajantemente la propuesta.

Aprendió Marcelo, aprendió el artista plástico, a concebir el mundo hermoso en blanco, negro y las gradaciones entre ellos. Adquirió el dominio de la luminosidad de un mundo bruno, de una naturaleza nívica, de un firmamento grisáceo. Un universo ceniciento es ahora para él, un universo magnífico, enormemente soberbio, no es ya un cosmos irrealizable en sus telas, al contrario, es

fantástico, y lo plasmará así en sus lienzos lo que le quede de vida.

Afuera, todo el día el sol estuvo radiante destellando naranjas y amarillos, y las escasas nubes de un azul claro e inmóviles apretaban el aire.

Al salir del consultorio, Marcelo se aleja haciendo un gesto sutil con la cabeza, como si intentara acallar lo que había oído un rato antes, y mirando hacia arriba con sus inquietas pupilas, contempla extasiado, un maravilloso sol intensamente cenizo que empieza a deslizarse entre vistosas nubes de color humo, y el planear espléndido de una bandada de hermosos pájaros negros.

Un día como este, un artista como Marcelo se siente feliz.

LAS LLAMADAS

*Desde mucho antes, ha habido un humano
que amaba juntando sus manos en súplica,
y las alargaba hacia una estrella
sin preguntarse si ello le producía gozo o dolor.*

Lou Andreas — Salomé.

Hace tiempo, casi cuatro años, Manuel había sido invitado a un congreso de Filosofía, y para asistir viajó a una ciudad a orillas de un lago.

La sala de las charlas estaba animada; el aire era aromas de lavanda y madera, y un suspenso cómplice como el remate de un atardecer envolvía el salón.

Los bigotes entrecanos, su mirada de ternura huidiza, una boca seria que tímida termina en una comisura sonriente, los lentes engarzados y un acento muy particular, le dan una belleza original a Manuel.

En la reunión, él habló sobre el Existencialismo y su objeto de estudio, la existencia del ser, sobre la corriente filosófica que sostiene como el ser humano persigue en la vida continuamente y con afán, la realización y la felicidad. Sobre cómo no podemos alcanzarlas nunca, y por ello, para el existencialista, la muerte nos gratifica concluyendo con esa búsqueda tan inservible como angustiosa. Sonaron los aplausos, y él agradeció con una inclinación que le dio tiempo a organizar sus

emociones, pues la disertación había inquietado al público.

Al finalizar, Manuel levantó la mirada, se frotó los ojos por debajo de los lentes, y detuvo su mirada detalladamente, en la mujer que hablaría después, ella estaba escribiendo en un bloc amarillo. Tenía unas manos hermosas.

Ella habló del congreso con orgullo, de lo difícil que era trabajar en solitario, habló de esperanzas, de sueños, frustraciones y melancolías en la actividad que desarrollaba en ese campo de la Filosofía. Con aplausos, recibió la aprobación de los asistentes, y el salón, que parecía haberse dispersado en mixturas de sonidos, también aplaudía.

El murmullo permanente de las conversaciones del grupo, empezó a empañar los monólogos interiores que Manuel se hacía; hubiera querido trozar el aire y arrinconarlo para solamente oír-la a ella. Con el corazón latiendo apurado, aspiró profundo.

— Llegar al amor es más fácil cuando se ha comenzado mostrando deseos de amar — se dijo para sí mismo.

Tenía la piel nacarada, con el color de la luna, el cabello le caía ondulado y renegrido asomando a los hombros, las arruguitas que se le hacían en los ojos adivinaban frescuras maliciosas, un olor a violetas, un traje sastre formal, un liviano maletín y una voz firme y profesional con un dejo que él sintió entrañable.

Y fue un tiempo de amor para los dos, de estremecimientos fascinantes, de gestos turbadores. Se amaron con el sol ardiente del verano, con la brisa, frente al muro de la ciudad, contra las corrientes del lago, a pesar de los recuerdos de ambos, y en las ceremonias fantásticas del deseo. Se amaron con el corazón envuelto en entregas.

Todo comenzó un veintiséis de abril. De regreso a su ciudad, entre colinas, esa misma tarde de su llegada, la derrota se atravesó en la vida de Manuel, era un atardecer en la que largas y filamentosas nubes trinchaban el cielo.

Empezó a sentir a partir de ese día, un decaimiento, fiebre, dolores musculares, un adelgazamiento progresivo... En muy poco tiempo decayó vertiginosamente, la salud se le quebrantaba rápidamente.

Oyó el diagnóstico de los médicos como una afrenta, tenía plena conciencia del terrible diagnóstico que le dieron los galenos; la consumición de su cuerpo día a día, era inevitable.

Esperanzado al principio, llegó a pensar que la luminosidad de su amor lo sanaría; y como estaba enamorado, Manuel se llenó de plenitud, se llenó de audacia con la seguridad de sanar. Pensó que ese estado de postración era pasajero, y una vez recuperado, regresaría a la ciudad del lago, y volverían a amarse como antes.

Entre las citas médicas, las quimioterapias, las radioterapias, la alimentación intravenosa, en

sus ratos un poco más serenos las consultas a las páginas de la Internet sobre su padecimiento, las conversaciones con compañeros en la dolencia, la vida le cambió radicalmente. Empezó a vivir entre postraciones, se entristeció, se rebeló, comenzó a hablar de su muerte, vivía compungido, extenuado, con un profundo desdén por la vida. Había envejecido prematuramente hasta el absurdo, atrapado en la demoníaca enfermedad. Manuel llegó a encontrarse en una condición crítica pero estable, los médicos aseguraban que era muy probable, que iba a seguir así el resto de vida que le quedaría, mientras mantuviera los dramáticos tratamientos y forma de vivir.

— ¿Cuáles serían los sueños en el dormir de la muerte? — se preguntaba.

El tiempo y la amenaza de la muerte lo sometían, detenido e indefenso; tenía la sensación de que la eternidad contemplaba como su mundo apenas se sostenía en un precario equilibrio, como si todo lo que lo rodeaba fuera tan frágil como él.

Apretando las rodillas y ocultando la cabeza entre las piernas tratando de hacerse un ovillo, Manuel se decía.

— Lo vertiginoso que puede cambiar una vida por completo, lo terrible que puede llegar a ser, es insoportable —

Empezó a no soportar las visitas, a despreciar las películas de acción y las comedias en la televisión, le atenazaba la ansiedad por no poder encontrar

una idea mejor que la de aislarse, y no volver a verla ni comunicarse con ella, y así lo hizo.

Manuel se recluyó donde ella no lo hallaría; optó por la retirada en el amor, por la resignación, la frustración, no le quedaba alternativa alguna, era desesperante su situación.

No encontró otra opción, no le revelaría a ella su enfermedad, la que se le había vuelto la verdad de su vida, la que desde su nacimiento ya estaba escrita en su cuerpo. Y no volvió a comunicarse con ella.

Más de cuatro años han transcurrido desde la última vez que se amaron. Ambos se recordaban sin tregua, cada uno era la explicación de la vida del otro, era el último párrafo de sus existencias amorosas y el más real y auténtico amor. Ambos llevaban en la piel el reverbero del amor.

Fueron tiempos de desdicha. Enfermos como Manuel mejoraron, otros desaparecieron de la memoria de los vivos...es la natural disposición para el vivir o el morir.

Pero el cuerpo es un mecanismo misterioso, y ciertos padecimientos no se logran entender a cabalidad, y Manuel se recuperó sorprendentemente de una forma fantástica.

La noche está tan despejada, que si hubiera sido creyente, habría creído ver volar querubines.

Salió a la calle después de dos años en cama y más de dos en reposo. Fue una sensación extraña, hasta el movimiento de los automóviles, la agitación de los transeúntes y el desparpajo de los ven-

dedores ambulantes, todo le resultaba a Manuel caótico. Acostumbrado a la reclusión y al silencio de una habitación, apenas interrumpido por las salidas a las sesiones de quimioterapia, y luego las de radioterapia, el ruido le resultaba confuso y exasperante. Pero él no se resignaría a una vida sin ella; se había salvado de una muerte mediocre y cruel como lo son todas las muertes, y en su caso, de una muerte prevista, esperada, soportada como una de las tantas fatalidades del destino, y ahora, el amor lo empujaba alegre.

Ella, allí en su ciudad encendida por el sol a orillas de su lago, mostraba un rostro cruzado por el extrañar, anhelaba encontrarlo y amarse; amarse mirando ella al cielo, mirando él a la tierra y ambos el viento alrededor. Desde hace tanto tiempo no había sabido nada de él, de su Manuel. La inercia en el amor, la vivía con un sentido de vacío, no acertaba a explicarse su ausencia.

Y como si en un oráculo estaría escrito, de un día para otro, ella se decidió a buscarlo y encontrarlo. Estaba resuelta a retomar con valentía el curso de su vida con Manuel como fuera, no podía olvidarlo. Se prometió llamarlo, había logrado conseguir hace unos días, por fin, su número que en el tiempo había cambiado varias veces.

Por su parte, Manuel no cejó un instante desde el momento en que se sintió sanado de su dolencia, en buscarla y tratar de hallarla, y logró obtener su nuevo número telefónico.

En el recuerdo, ambos se habían buscado; en los recodos del pensamiento, en la habitación cerrada hace tiempo, entre las enredaderas florecidas del jardín, en los salones, en el vecindario...

El cabello que había perdido con las quimioterapias, había crecido de nuevo, y se veía fuerte e increíblemente vigoroso. Ese día, duplicó el multivitamínico, sin dolores musculares, y ya sin el manotaje de las enfermeras; estaba deliciosamente atrapado en lo que se proponía hacer, en esa vibrante ansiedad del amor. No era nada descabellada su idea, así pensaba Manuel y se decía para sí mismo, que el único aliciente de la vida, en definitiva, es el amor, que es él la verdadera alma que nos hace escapar al menos momentáneamente de la muerte, que el placer de amar derrota lo artificioso de la vida y descubre la verdadera esencia del existir, y se decía, que de eso se trata la historia de la humanidad.

El azar es demasiado vasto como para dejarlo en libertad a la suerte, y ambos recordaban, que ellos hace unos años, habían declarado el jueves como el día mágico de la semana, y las diez de la noche como la hora más idílica.

Manuel se propuso llamarla exactamente ese próximo jueves y a esa hora.

Ella, sonríe para sí misma pensando en lo que haría esa noche del jueves entrante a las diez de la noche. Estaba decidida, lo llamaría. Después de tanto tiempo, no podía evitar que el susto se le

alojara en el pecho. Ya la tristeza y las dudas, no la agobiarían mas, esa muralla casi infranqueable la derribaría, era un deseo, un placer anhelado, un secreto que deshebraría.

De manera que ahí se encontraban, Manuel y ella, en un universo pleno de emociones. Ambos se dan cuenta del tiempo que llevan amándose en la ausencia.

A ninguno de los dos les cabía la posibilidad de que fracasarían, no era un antojo ni un desatino para ellos; las mismas voces se encargaran del amor que en el tiempo los mantiene unidos.

La noche había caído mansamente. Sin vacilaciones, ambos, Manuel y ella, cada uno por su lado, marcaron los números con diferencia de unos minutos.

Y ese jueves, el día más mágico y hermoso de la semana como habían pactado que era, a las diez de la noche en punto, en la hora idílica, repicaron los teléfonos.

Por algún resquicio de lo ignoto, el amor suele re-encontrar a los amantes.

LAS SORTIJAS DE LA TRANSPARENCIA

*Yo me consolaría si pudiera
verla, tres horas, dos, una siquiera,
aunque en ese momento de ventura
Me cegase la luz de su mirada*
Cruz María Salmerón Acosta

Esteban llega después del trabajo como todos los días de lunes a viernes, a su apartamento casi solitario.

Allí queda un perro, que una tarde, mientras Esteban y ella paseaban por una callejuela, lo encontraron desvaído y hambriento, y aún así les movió su cola; ella amorosa, recogió, cuidó lo llamó Argos diciéndole:

— Te llamarás Argos, nos reconociste sacudiendo tu cola, como el perro de Odiseo en su regreso a Ítaca.

El edificio tiene veintidós apartamentos, y en realidad, él no tiene relación alguna con los vecinos. Ella era la que asistía a las reuniones del condominio; él apenas intercambia en el ascensor una sonrisa inofensiva, y un lamento banal sobre la situación del país.

Al entrar al apartamento y cerrar silenciosamente la puerta, Esteban se va desprendiendo de casi todo, como un árbol seco de sus hojas; sobre la

pequeña consola de la entrada deja las llaves, los lentes, el bolígrafo, el peine, el celular, las pastillas de menta, el documento de identidad, y sobre el suelo el maletín.

Mira en torno, sacude la cabeza para espantar tristezas. Prende el aire acondicionado, se quita el saco, la corbata, y se arremanga la camisa.

Quedan estáticos los muebles colocados tal como estaba siempre, sus propias pertenencias y las de ella, el resto está vacío, vacío de ella, vacío de su aire y de su tiempo.

Los libros que ambos leían, en desorden, los cigarrillos que ella fumaba aún colman los ceniceros, las notas de los boleros lagrimosos que la emocionaban parecen estar vibrando quedamente suspendidas en el aire, ya no aparecen las manchas de lápiz labial en la almohada, ni se oyen los tres timbrazos descarados en la puerta a su llegada.

En la cocina, silenciosa, sin el ruido mineral de los cacharros que ella laboriosa trasteaba, Esteban se prepara un café, y con la taza humeante se sienta en la pequeña mesita; enfrente está la otra silla con su cojín azul floreado está vacía, es la de ella. No descubre nada en derredor que no sea el recuerdo de su imagen, y Esteban cavila:

“Cuanto más intenso ha sido el amor, más intensos y exaltados son los recuerdos.”

Lo invade una sensación de cansancio, de somnolencia. Después de tomar el café, se encierra en su escritorio con una botella de vino y una copa, le

ha dado por beber en la copa de ella, y en el estéreo suena la última obra orquestal de Mendelssohn, el concierto de violín.

Saboreado el vino y disfrutada la música, Esteban se siente algo sereno, y con paso aligerado y un recelo que no puede evitar nunca, entra en la habitación que compartió con ella.

Se acerca al espejo del tocador que tantas veces la reflejó con coquetería, y contempla Esteban su propio rostro; se le antojan extrañas sus facciones, ya no son las mismas que ella acariciaba. Se inquieta, se da cuenta de que no guarda en su memoria su propio rostro acariciado, y clava sus ojos en la mirada neblinosa que desde el espejo también lo mira.

Una sensación de finitud, como si la mente se fragmentara y dispersara en recuerdos de un momento o de otro, lo asalta.

Detalla cada objeto sobre la peinadora: un alhajero, una rosa artificial y retorcida sobre un primoroso florero azul, unas tijeras, un cepillo, todo ha quedado donde lo dejó.

Aquel amargo e inolvidable día, cuando llegó el médico, ella ya había muerto de un repentino infarto. Esteban desde hace un tiempo, duda del carácter definitivo de la muerte, es el dolor y el extrañarla que lo entristecen tanto. Lo que más lo agobia, es que muriera cuando más dichosos eran; todavía recuerda con exactitud y angustia, los sonidos de las dos palabras rotas con la que

ella se despidió de él, y en voz baja para sí mismo se las repite.

Le cuesta mucho, demasiado quizás, la idea de vivir sin ella, suele antojársele a veces imposible pero no le queda otro remedio, es el instinto del vivir y tiene que sobreponerse a este día, como se sobrepuso ayer y anteayer y tendrá que hacerlo mañana. Los tiempos en que de amor se moría, ya habían pasado si es que existieron.

Cansado de un día de agotador trabajo, Esteban se acuesta; conserva su lado de la cama, el otro lado reclama silencioso la ausencia de ella; ajusta la alarma en el celular y trata de dormir, mas es inútil, se queda despierto hasta cerca de la madrugada dando vueltas en la cama con apenas la luz tenue de la lamparita.

Toda la oscuridad agitándose, explorando en su memoria la imagen de un rostro, de una mirada oscura de noche en calma, de una falda azul floreada, de una mano con dos sortijas y una sonrisa cómplice. Quiere abrazarla, pero aunque agita los brazos y mueve los labios, no le sale la voz y los brazos extendidos envuelven el aire.

Los recuerdos como pájaros revoloteando, se condensan y vuelven a mostrarse, no le permiten conciliar el sueño y cuando llega el alba lo encuentra adormilado; es una mañana clara y húmeda de septiembre, en la que ya se adivina la lluvia del atardecer.

Ella murió un agosto, en una madrugada agoni-

zante, Esteban enloqueció de dolor. El tiempo se empeña en esconder su desconsuelo en el olvido. Se da cuenta, que cada día desde que ella falleció, no ha logrado que su imagen le sonriera desde el recuerdo.

Era jueves, ya muy tarde, había anochecido, y Esteban se entretenía, leyendo un libro de mitología que un colega del trabajo le había prestado el día anterior.

Inesperadamente oye tres timbrazos en la puerta, — fueron tres descarados timbrazos — pensó: tan iguales a los que ella acostumbraba a tocar cada vez que llegaba, que el corazón se le aceleró.

Desconcertado por la hora y sus alocados pensamientos, se apresura para abrir; Argos se levanta enseguida y moviendo frenéticamente la cola en señal de alegría, llega a la puerta antes que él. Al observar la conducta del perro Esteban, más confiado abre la puerta.

Allí, en el umbral está ella, es su imagen traslúcida, poco menos que real, es transparente, totalmente transparente, el rostro, la ropa, los brazos, las piernas, hasta los zapatos son transparentes, toda ella es una transparencia; pero los ojos, los ojos no, la mirada oscura de noche calma, es cálida, tan hermosa como la recuerda Esteban en la última mirada que ella le dirigió.

Es ella, sin duda alguna, hasta Argos la reconoce y agita alegremente su cola intentando sin lograr olisquearla.

Es una transparencia, es traslúcida toda ella excepto los ojos; él puede ver a través del vaporoso vestido azul floreado, entre los vuelos se insinúa su cuerpo, ese cuerpo que tanto había amado.

Esteban estupefacto, ansioso, perturbado y amoroso de nuevo, no acierta a reaccionar. Sabe que debe permanecer en silencio, la transparencia no mueve los labios, no emite ningún sonido.

De repente, ante un Esteban atónito y perplejo, ella extiende su mano trasparente con sus dos nítidas sortijas, toma la mano de él y se la lleva a su propio corazón sin dejar de mirarlo, después, lentamente, la apoya en el corazón de Esteban que late sobresaltado.

Repentinamente, un cambio de tonalidad en los ojos de ella de los que resbalan lágrimas, y la transparencia se desvanece, se disipa lentamente ante un Esteban aturdido, amoroso y confundido, que queda con su mano sobre el pecho, cerrada y apretada, muy apretada; vacila, contiene el aliento, poco a poco abre la mano, allí, en su palma, brillan las dos sortijas de ella.

A partir de ese día, todas las noches, antes de acostarse, Esteban espera ansioso a la amada transparencia y Argos echado a su lado también está alerta.

El sonido del timbre permanece mudo, la inquietud lo angustia, la impaciencia lo agobia; hasta el perro camina nervioso de un lado a otro, y suele pasar largas horas echado junto a la puerta alerta

al más leve ruido, también él espera a la mujer que lo había cuidado y querido.

Esteban espera, espera y espera. El desasosiego lo consume, el timbre no suena, enmudeció. Igual sucede durante varias noches, de varias semanas, de varios meses; no se trata de comprender, no tiene alivio Esteban desconsolado piensa:

“Esa mirada oscura de noche en calma, quizás también llora conmigo esta ausencia.”

Una de esas noches de espera, sentado en su sofá, Esteban con su mano cerrada y apretada sobre su corazón, cierra los ojos; de repente, siente algo cálido en la palma de su mano cerrada, entonces, solo entonces, la abre, allí brillan extrañamente las dos sortijas que él había guardado tan amorosamente en el cofre que ella dejó en su tocador. En ese momento, supo Esteban, que ella no iba a volver nunca, que una segunda vez partía sin él, que no regresaría jamás.

La negrura de la noche descende callada, y la luna orgullosa se empina en los cielos.

Y a Esteban se le hizo el amor, más amor, más hondo y doloroso.

ERA UNA MARIPOSA

*Sufrieron hasta ese grado en que la angustia
se transforma en enfermedad mental.*

Borís Pasternak

*La rabia de los celos es tan fuerte,
que fuerza a hacer cualquier desatino.*

Miguel de Cervantes

Eleonora más que caminar se desliza aérea como flotando; es una mujer fibrosa y menuda. Delgada, muy delgada, con una delgadez tal, que parece no tener fuerzas en sus dedos de pájaro ni para pulsar el teclado de la computadora que tiene sobre su mesita de trabajo; los labios los mantiene torturados en un gesto que insinúa la existencia de un constante malestar, el cabello lacio y largo de un castaño oscuro recogido en una cola, y unos ojos pequeños, demasiado pequeños.

Es tal su insignificancia, que los hombres no reparan en ella, mejor dicho, poca gente nota su presencia. Da la impresión, de estar toda ella habitada por una nada diminuta y fantasmal.

Sin intereses culturales, sin la mínima inquietud filosófica, opaca, insulsa, pero eso sí, con unas desesperadas ansias de salir de la agobiante situación de soledad en la que vegeta.

La casa donde Eleonora vive, se encuentra enterrada en un barrio conocido por el nombre de *La promesa*.

El interior de la vivienda está iluminado apenas por unas ventanucas que encajan mal, las paredes desconchadas y los lugares en desorden y repletos de trastos. En el patio sediento, crece un solitario árbol de mango con la corteza ennegrecida y reseca; por la puerta que da a él, se cuelan cada vez que se abre, ráfagas de insoportable calor que llegan hasta la médula de la casa, y si llueve, las goteras del techo, obligan a desplazar tobos de un lado a otro, que a cada rato hay que vaciar.

Su padre había sido mecánico, y su apasionamiento fue solamente para las herramientas. Su madre padeció de hipocondría, y sus pasiones fueron las medicinas y las visitas a casi todas las diferentes especialidades médicas, sin que ninguno de los galenos le hubiera diagnosticado nada que justificara sus cuadros sintomáticos, y cuando murió, irónicamente no se postró con ningún mal real, ni emitió un quejido.

Vive Eleonora, acompañada de una hermana mayor, solterona como ella, con trastornos de carácter, que brinca de la calma a la agitación en segundos; es una réplica de la madre tanto en la expresión del rostro como en las manías, en los gestos y en la entonación chirriante de la voz. Al igual que a su madre, a su hermana siempre le duele algo, unos días los pulmones, otros la garganta, o el estómago, la cabeza, los ojos... los imaginados dolores le recorren el cuerpo fantasmalmente, y ella maniática, se esfuerza en hacer parte

de sus enfermedades a todos los que escasamente suelen rodearla. Cuando se siente mal, que es casi todos los días, atraviesa como una furia las estancias de la casa quejándose de esto, de aquello y de lo otro, hasta llegar a quejarse de una cosa, y al poco tiempo de la contraria. Mientras esos furros suceden, pues los momentos de paz, nunca son de paz, sino de tregua, Eleonora, si no está en el trabajo, permanece callada, no dice nada, ni pregunta, ni afirma, ni reclama, se limita a hacer silencio y recogerse en su habitación colindante con la de la hermana, a resignarse sollozando, y arrullarse el rostro con ambas manos, prometiéndose que ella saldrá de esta situación a como diera lugar.

Todo en derredor parece roto, desvencijado, como si desde que Eleonora hubiera nacido, estuviera el mundo que la rodeaba casi destruido; ya cuando era una niña, las vidas de sus padres estaban rotas.

Los días laborables, metódicamente, a las seis de la mañana Eleonora se toma su primer sorbo de café bien cargado. Poco antes de las ocho, ya está puntual en su trabajo y se sirve un segundo café de la máquina de la oficina; después, se va a su reducido espacio de labores donde apenas tiene una silla, una mesa— escritorio mínima, una computadora, y una ventanilla de vidrio para atender a los usuarios de las oficinas de la Notaria Pública y, a los abogados que reclaman a diario las docu-

mentaciones ya notariadas.

Uno de esos tediosos días, Eleonora nota, que entre los numerosos abogados que recurren a su ventanilla buscando documentos, un hombre muy sobrio, siempre de traje y corbata como su trabajo en los tribunales lo amerita, le guiña un ojo y sonríe cuando ella le entrega los documentos que diariamente requiere. Es uno de los tantos abogados que llegan solicitando recaudos legales. Es un hombre afable, caballeroso, su nombre Dr. Elio Azuaje.

Eleonora lo empieza a mirar y atender cada vez que él solicita algún papel, con más complacencia que al resto de las personas que acuden a su ventanilla, mientras empieza a fantasear con un posible romance.

Una tarde, casi finalizado el trabajo, aparece Elio en su ventana, y después de recoger un documento, caballerosamente la invita a tomar un café en la cafetería de enfrente, del otro lado de la calle, como una manera de agradecerle su esmero al atenderlo. Ella, ansiosa para sus adentros, acepta rápidamente; y así ocurre durante varias semanas. Casi todas las tardes al salir del trabajo, se repite la invitación, y se dirigen al mismo café; ya se les vuelve un hábito.

Después de un tiempo, salidas, y conversaciones en las que ella es solamente una escucha, conoce los horarios, y algunas de las costumbres y rutinas de Elio. Se entera Eleonora, que él es divor-

ciado y con una hija en el exterior, que es jugador de ajedrez, le encanta el teatro, y que su situación económica es muy estable. Comparte con Elio algunas actividades culturales, una que otra película y conoce unos amigos de él; poco a poco, es una rutina estas salidas al finalizar el trabajo.

Lo que para Elio es una amistad sencilla y sin complicaciones, que nunca pasará más allá de esos sentimientos; para Eleonora, en su corazón, es un apasionado enamoramiento que está enraizando en amor. A partir de allí, Eleonora empieza a vivir en un mundo en el que el amor existe cada instante de su vida.

Transcurren unos meses, hasta que un día, Elio, su amigo confidente, le dice muy entusiasmado a Eleonora que se ha enamorado, que se trata de una mujer muy apasionada, una guapa morena que conoció en el trabajo y es abogada como él. Eleonora da un vuelco súbito, y de nuevo, a partir de ese instante de un día para otro, empieza a llevar la vida fantasmal que vivía antes de conocer a Elio.

Al entrar en el autobús que la deja en el trabajo, ya no se sienta, se desploma en el asiento; la expresión de tristeza no le abandona el cuerpo y el rictus amargo en sus labios se acentúa aún más.

En el barrio *La Promesa*, los vecinos no la vuelven a ver sonriente como en los últimos meses. Sentada al atardecer, en el reducido y sombrío porche de la casa como solía hacerlo antes de conocer a Elio, permanece tristísima.

Eleonora se obliga diariamente, a simular una sonrisa ante los compañeros y usuarios en las labores de la notaría, pierde el gusto por las actividades sociales y culturales a las que había asistido con Elio, hasta el apetito se le reduce adelgazando aún más todavía. Mientras se esfuerza, en que su expresión no muestre ningún cambio y finge, finge que vive tranquila, pero la boca suele decir cosas que la mirada desmiente.

La cocina en el hogar de las hermanas es muy pequeña; últimamente estaba ordenada y limpia, solo ella se encargaba; ahora, está repleta de ollas, sartenes, platos, tazas sucias y otras cosas amontonadas sobre las estanterías, y ni ella ni su hermana hipocondríaca, que nunca lo había hecho, se preocupan de ordenar.

Cuando se acuesta Eleonora, el tacto de la sábana al meterse en la cama se le asemeja a una mortaja, fría por el aire acondicionado que calma el calor de la habitación; cada objeto que hay dentro está tan frío como ella misma se siente. Solo una vez dormida, el sueño se le convierte en un remanso de tranquilidad.

Cada vez que Eleonora se mira en el espejo, no puede olvidar cómo era su rostro antes de adquirir las facciones agrias del despecho, de los celos y del resentimiento.

— Una tonta, una invisible, eso es lo que eres — se repite con voz seca y cansada frente a su imagen. Elio por su parte, ha espaciado las invitaciones

para Eleonora, hasta anularlas, y se vuelca en la mujer de la que está enamorado. Cuando recoge los documentos, ya no es un guiño y una sonrisa la despedida, se limita a un cortés saludo y sin invitación al café de enfrente.

Transcurren así dos meses, y de un día para otro, Eleonora cambia drásticamente sus sentimientos y su conducta para con Elio, para con los que la rodean tanto en el trabajo como en el vecindario, para con su enervante hermana y consigo misma. El cambio se produce violentamente; al principio había sido un decaimiento, un abatimiento, una razonable consternación; después, repentinamente, la rabia, el rencor y la posibilidad de una venganza se empiezan a enquistar en su espíritu. Nunca ella había imaginado ese sufrimiento, lo desconocía, se encuentra indefensa, con dolor, con ira, con odio y con miedo; hasta que llega el momento en que ese nuevo sentir ácido, amargo y vengativo, acapara día y noche su mente.

Frente a un Elio, ajeno y distante, ella no muestra ninguna emoción, lo atiende como a cualquier otra persona que acude a su ventanilla. Todo ello le produce una pena sin límites y no se permite cerrar la herida, al contrario, la hurga mientras se adueña de ella el aborrecimiento y el resentimiento, pero absurdamente, no contra Elio, sino contra la mujer que la desplazó, a la que conoció una tarde en el trabajo cuando él se la presentó.

Eleonora se ha transformando en una mujer más

seca, más desabrida, más brusca, antipática e intratable. Se arrepiente de todo, de llorar, de dormir, de trabajar en la notaría, de vivir con esa hermana, en esa casa y en ese barrio al que las promesas no llegan nunca a pesar de su nombre. Pero no se resigna a que otra se lo haya quitado.

Al principio asoma la venganza, solo como un murmullo, como un rumor interior, como el zumbido de un enjambre de insectos que se le encaja dolorosamente en su corazón. Después, ya mantiene entre ceja y ceja a la usurpadora, la odia de día y de noche, en todas partes y lugares a donde el pensamiento le lleva a Eleonora la imagen aborrecida. El odio crece día a día, noche a noche, insomnio a insomnio, hasta alcanzar una intensa perturbación en su mente, y ese dolor del despecho, que tan conocido es para muchas mujeres, ella lo siente por primera vez, y es único e insufrible para Eleonora.

Empieza Eleonora a traspasar el horizonte de la cordura. De ahora en adelante, elucubra la manera de deshacer esa relación acabando con la odiada mujer; de imaginar las formas como destruirla, y añade a sus sentimientos vengativos, sus celos y su exacerbado encono.

Al llegar al trabajo, apenas habla. En lugar de una taza de café, toma varias una tras otra compulsivamente, en silencio, pálida y ojerosa, haciendo tintinear la taza y el plato con el temblor nervioso de sus pequeñas manos. Después, muy alterada,

camina de un lado a otro irascible, hasta lograr ocupar su lugar en la ventanilla de la notaría, se estira las arrugas de la ropa ahora descuidada y se acomoda nerviosamente la cola de caballo.

Cuando regresa a su casa, en su dormitorio, le da por mirar constantemente su imagen en el espejo, y se queda un largo rato enfrente de ella, casi rígida, se mira directamente a los ojos y aprieta los labios, se palpa la cara, se acaricia los párpados, y por sobre todo, el vientre que sabe quedará estéril. Tiene sudorosa la frente, cierra los pequeños puños y le tiemblan los brazos. La imagen de Eleonora aparece en el reflejo, como los desechos de un animal marino abandonado en tierra por la marea. Se queda casi inmóvil mirándose, como queriendo saber la causa y la razón por la cual ella está en este mundo sufriendo así.

Pasa las noches despierta, en vilo, con los ojos desorbitados mirando fijamente el techo y restregando sus manos una contra otra. Y llora, y sigue llorando y llorando durante todas las malditas noches de insomnio.

Acaba abandonando el trabajo, razón por la que es despedida. Busca ansiosa varias alternativas a su sufrimiento y consulta psicólogos; desencantada, visita astrólogos, curanderos, videntes y hechiceras, quienes a sus maneras, cada uno le va presentando soluciones ya inútiles, ya perversas. Toma dos pastillas diarias de ansiolíticos y realiza sesiones de respiración consciente como método

de relajación por indicaciones del psicólogo, hastiada, manda realizar trabajos de magia, prende velas, inciensos... en su desespero acude a cualquier recurso; intenta la meditación, mas no logra concentrarse en nada que no sean las imágenes de él y ella, y cuando sospecha que está a punto de lograr una pizca de serenidad y equilibrio, un imagen retorcida y nebulosa la separa de su objetivo, es el rostro de la mujer usurpadora del amor de su Elio.

No puede entender como en un mundo donde cada día ocurren cosas maravillosas, no se pueda solucionar un simple asunto amoroso para ella tan imperioso; pero no debe resignarse se dice enfurecida para sí misma.

Se queda anémica, mucho más demacrada y macilenta. No quiere casi comer, ni salir, ni hablar apenas; hasta al levantar el celular, cuando escasamente suena, lo hace con un esfuerzo como si le pesara una tonelada. Todo le sale mal, le tiembla el cuerpo en su interior, no tiene control sobre su mente, está perdiendo el juicio.

Una tarde temprano, en que el sol persiste en sus encantos naranjas en medio de un intenso azul, y el aire huele a limpio, está Eleonora sentada y desmadejada en su mecedora en el porche, con la espalda curvada, las piernas apretadas nerviosamente una contra otra, las manos aferradas a los brazos de la silla como si fuera a caerse, y la mueca amarga en sus labios más acentuada aún.

Repentinamente, una vistosa y delicada mariposa blanca nacarada se posa en sus rodillas. Eleonora con violencia que ya no contiene en su trastorno mental, con una burlona sonrisa y unas ganas incontrolables de matarla, se apresura a atraparla; la mariposa lucha por escapar, ella con una mano le sostiene con sus esqueléticos dedos las puntas de las dos hermosas y frágiles alas, la sacude con rabia y aprieta tanto, que las alas se despedazan en sus dedos como papelillos, y cae al suelo el cuerpo de la pequeña mariposa que indefensa, aún se mueve con torpeza intentando volar, pero ya no puede y queda inmóvil. Con la mirada extraviada, con saña y un gesto de aversión, la aplasta y restriega contra el suelo con goce demencial.

Su rostro cambia de repente, se alteran más aún sus facciones, se levanta con aire triunfal, con una sonrisa desquiciante, con un gesto de locura en el semblante y una expresión de triunfo desfigurada por el desvarío.

Al fin logró resolver su angustioso problema, Elio volverá de nuevo con ella y nunca, nunca jamás, nada se interpondrá entre ellos, ha destruido totalmente a la hermosa mujer morena.

Un grito estridente de alegría, araña la garganta de Eleonora.

— ¡Ella, ella era una mariposa!

EL MILAGRO DE ERSILIA

*Desde el fondo del abismo
clamo a ti, Señor.
¡Escucha, Señor, mi voz!
¡Atiendan tus oídos mi grito suplicante!*
Salmo 130.

El apartamento sin la presencia del padre, inspira temor a las dos mujeres, sobre todo, a partir del anochecer cuando el silencio y las penumbras lo hacen más sombrío; en él viven solas, la madre y la hija.

Ersilia, la hija, tiene la misma boca de su padre, con la comisura izquierda algo más elevada que la derecha, pero no así los sentimientos hermosos, estos se fueron con él cuando murió.

La madre, languidece cada día en su silla de ruedas. Las articulaciones rígidas y nudosas; los ojos pardos demasiado tristes y demasiado abiertos, como anhelando ver algo más allá de lo que la rodea; los labios antes hermosos, están ahora fruncidos y resguardan una boca huérfana de dientes. La tristeza se asienta en su casi deshecho cuerpo, y en su desconsolada viudez desde hace tanto tiempo.

Los únicos sonidos que la madre oye, son, el de los latidos de su propia sangre en las sienes, los reclamos de Ersilia, y los constantes cánticos reli-

giosos de alabanzas que su hija hace sonar insistentemente todos los atardeceres; mientras ella, la pobre mujer, se queda mirándose las manos abiertas, extendidas sobre las debilitadas piernas, como esperando algo que nunca llegaría, y el abatimiento, el desconsuelo le encarcelan el cuerpo más aún en los dolores y en la postración en la silla de ruedas.

Ersilia, a diario se dice, que su responsabilidad con su madre, es enorme, que es excesiva, gigantesca. Ella se sabe buena, se cree sacrificada y muy creyente en Dios.

Tiene tomada una decisión. La ha pensado detenidamente durante mucho tiempo, quizás demasiado; una decisión muy sentida, madurada, y últimamente, le ronda en su cabeza y corazón cada instante.

No, no es una decisión amorosa, ni de compasión por su desvalida madre. Al contrario, es el resultado de una agitación mortificante que araña la mente de Ersilia día a día; una rabia fría, una mezcla de piedad mística, repugnancia y hastiamiento, al ver todos los días, a toda hora, ante sus ojos, a la madre contraecha en la silla de ruedas, que ya no puede manejar siquiera, ni valerse por sí misma; encorvada, macilenta y con los pulmones destrozados.

— ¡Qué tos! — suele rezongar en voz alta cada vez que la oye toser.

A cada acceso de tos, la indefensa mujer, jadea so-

focada, y se golpea el pecho con los puños deformados diciendo entrecortadamente:

—Me muero...me muero. ¡Ay Dios mío!

Otra semana finaliza con la llegada del domingo, el día dedicado enteramente por Ersilia al Señor Padre del universo; el día más conveniente para hacer realidad su piadosa resolución. Ersilia, entusiasta creyente, ya lo ha decidido, y esa noche, le rogará fervientemente al Dios del cielo, que la ayude a hacerla realidad. Le suplicará a la divinidad un milagro; está segura pues tiene fe, una fe firme en él, en el Dios Padre, quién seguro le hará el milagro. Reconoce que esa situación repulsiva con su madre, debe de terminar, y el Dios bueno e infinitamente misericordioso, el rey de los cielos piadosamente la auxiliará.

Ersilia, ya desde esa mañana dominguera, ha soltado improperios porque el café se le ha enfriado por tener que atender a su madre; porque se han quemado las tostadas; y que el sol ya está encubierto, y ella llegará tarde a los sagrados ritos religiosos en la iglesia.

Para Ersilia se le ha convertido en un deber sagrado lo que en su mente ha planificado con una fe firme y con resignada beatitud.

—El tiempo de Dios es perfecto— se dice, y esa noche sería perfecta.

Declina el día, acuesta de mala gana como siempre a la madre y, ni un gesto involuntario, ni la mínima mengua en el rostro, ni un parpadeo, ni

un temblor en los labios, la traicionan mientras le dice a su madre:

—Mamá, esta noche esfuérzate en dormir, tranquila en la cama, no pienses en nada, solo duerme.

Una vez en su cuarto, Ersilia toma aire un par de veces, y arrodillada, insuflada de fe, comienza sus plegarias mientras acaricia el Cristo de plata que siempre cuelga de su cuello y manosea beatíficamente un rosario. Pronuncia vehemente cada palabra de su petición en la oración; lo hace, como un ruego suplicante, mientras en sus ojos brilla una expresión de fanatismo religioso.

Piensa en aquel pasaje bíblico que empieza: *Señor, escucha mi oración; pon atención a mi súplica.*

Entornando los ojos, el dormitorio le parece haberse iluminado con una claridad divina, como por un soplo misterioso. Algo milagroso está ocurriendo, siente que la luz se va posando sobre las paredes del cuarto, sobre su cama, deslizándose hasta llegar a sus suplicantes manos.

Abre los brazos, levanta la mirada hacia techo, creyendo ver el cielo y exclamando.

— ¡Dios...Dios...Dios! ¡Dios del universo, ayúdame! Tú sabes mis necesidades. Eres infinitamente misericordioso y omnipotente.

En el arrebató, cree ver en el cegador resplandor ante sus ojos, la prueba fehaciente, de que Dios está frente a ella y le está amorosamente oyendo sus súplicas.

El corazón empieza a latirle aceleradamente entre las costillas, el Señor Padre de los cielos está atendiendo su oración, le está respondiendo, así lo siente Ersilia.

El sol había descendiendo totalmente, las nubes se encogieron, la humedad no se evaporaba. Acabada su súplica, su ruego al todopoderoso, el estruendo de un trueno y el lívido claror del relámpago la conmuevan y una torrencial lluvia se desata. Ersilia cree en su viva fe, que son señales de que Dios le ha respondido, que le confirma sus pensamientos, que el milagro se ha obrado, y su petición ha sido oída por el altísimo.

Ha dejado impaciente y despierta, transcurrir varias horas. Ersilia está atenta al mínimo ruido, no oye la terca tos nocturna de su madre; en silencio se acerca al dormitorio de ella e impaciente, oye detrás de la puerta del cuarto. Nada, ni siquiera el acostumbrado jadeo de la madre se oye. Espera aún un rato, después, decidida persignándose santamente de nuevo, y con fe en su misericordioso Dios, abre la puerta.

El cuarto está tenuemente alumbrado por la lámpara de noche que ilumina escasamente el rostro sufriente de la madre.

Vacilante, Ersilia, avanza hacia el lecho, esperanzada de que su justa petición haya sido oída por el creador.

Se acerca cautelosa; el semblante de su madre no tiene el gesto apacible del dormir, en su lugar,

una contracción trágica lo retuerce, y los brazos y las manos muestran engarrotados un gesto desesperante. Ante esta imagen, Ersilia, con su impoluta y virtuosa fe, la toca, y se da cuenta que está muerta. Una sonrisa de satisfacción asoma en sus labios, se le ilumina la mirada, agarra la sábana y decidida, rápidamente tapa el cuerpo de la madre.

Allí mismo, al pie de la cama de la madre muerta, Ersilia, se arrodilla, se persigna nuevamente, y entonando un canto religioso de su preferencia, agradece a la infinita misericordia celestial, que le oyó su plegaria.

Amanece, reina un profundo silencio en el apartamento; Ersilia en la cocina sorbo a sorbo se deleita con su café bien caliente, mientras mira por la ventana los pequeños y alegres frutos rojos del semeruco del jardín del edificio vecino. Termina su aromática infusión y se dirige al teléfono, tiene que avisar del fallecimiento de su madre.

Ersilia sabe muy bien, que los milagros ocurren a instancias de un ser que es omnipotente, además de omnisciente y omnipresente. Agradecida y contenta, con beata satisfacción, en voz alta prorrumpe en gracias y lisonjas al bondadoso Dios por haberle concedido el milagro.

¡Gracias Señor Padre de los cielos por este milagro!

LA ROSA DE OTILIA

*La límpida fragilidad de esa rosa,
la única que nació anoche y que hoy descubro,
descifra la maravilla
de lo breve.*

Héctor Silva Michelena.

A diferencia de todos los de su familia que son altos y esbeltos, Otilia es baja, obesa, muy obesa, las piernas apenas soportan su peso, los pechos enormes, manos y pies regordetes con dedos más regordetes aún; los ojos son hermosos azabaches expresivos como los del padre, y tiene los labios generosos de la madre; una risa chispeante que suele soltar en el momento menos adecuado; una incondicional credulidad y confianza en las iconografías de todos los santos, y una fe ciega en el cielo y el infierno.

Otilia es laboriosa, trabaja lunes, miércoles y jueves de tres a seis de la tarde, de secretaria en el consultorio de un dermatólogo, labor nada agobiante pues la realiza sentada en un escritorio. Y canta, tiene una hermosa cadencia en su voz melodiosa con la que entona preciosas canciones, los boleros y baladas son de su predilección.

Chipko, es un dominante y dictatorial gallo, esbelto, de plumaje rojinegro, cresta encarnada y una actitud arrogante. En el pequeño patio trasero, vi-

gila y mantiene libre de alimañas, el jardín donde Otilia cultiva hierbas aromáticas de albahaca, perejil, orégano, toronjil y manzanilla; al mismo tiempo, cumple cabalmente con despertarla todas las madrugadas de todos los días del año, a las seis en punto, y puntualmente la llegada del atardecer cuando el sol se escurre en el horizonte, también a las seis pero de la tarde.

Hace tiempo, que Otilia ha enterrado las ganas de vivir “plenamente”, de enamorarse, al menos como la mayoría. Sabe, que a medida que el tiempo pasa, la piel pierde tersura; en la frente, el entrecejo empieza a dominar con sus dos surcos; sabe que engordará más, y de su lengua conversadora solo saldrán astillas de silencio.

Pero ella siente una angustia aún mayor, y es que siempre, en todo momento, siente una avidez de comer que le recorre desde los labios, desde la boca, al estómago y hacerlo en cantidades generosas. Otilia es glotona.

Transcurren los días, los meses, transcurre todo el año. Otilia va y viene con pesado y lento trajinar por el trabajo y por la casa. En su vivienda, se apretujan figurillas de cerámica en los estantes del seibó; cuadros toscos de beatíficos santos en las paredes; un par de sillones asfixiados de cojines en la salita; una mesa de comedor para cuatro que nadie más que ella utiliza, salvo un domingo al mes cuando sus dos hermanas la visitan; un reloj de pared herencia de su abuelo materno y

detenido en una triste hora; una mesita con una coqueta y colorida lámpara que enciende todos los anocheceres entre los sillones, y un aparador con la vajilla que solo es sacada el día de la visita familiar.

Por las mañanas, suele leer entusiasmada las recetas de los libros de cocina y, repasar las notas que ha escrito en los cuadernos sobre variados platos de comida que recoge de los programas televisivos, para después, abocarse a realizar con entusiasmo cada uno de ellos, y luego, devorarlos con deleite. Por la temprana tarde, suele leer noveluchas romanticonas y las noticias baladíes de la farándula.

Un día cada quince, lo dedica a la compra de comestibles, lo hace sin lista alguna; a ella, la vista, el olfato, el gusto, el tacto y las enormes ansias de comer, le bastan, son más que suficientes para saber que alimentos debe adquirir.

Todos los viernes al atardecer, se acicala para el resto de la semana. En el tocador se aglomeran lociones y cosméticos, el lápiz labial, el delineador negro, la base del maquillaje, el polvo.... Se arregla las uñas y el cabello, se cubre el cuerpo y la cara de cremas, y envuelve su voluminosa humanidad en una cómoda bartola, para disponerse a ver la programación televisiva del fin de semana. Nunca antes ni después de las nueve de la noche, se recluye en su dormitorio; a esa hora, se recoge en una soledad distinta a la del día. Esta soledad

es reconfortante, no la agobia con pensamientos agrios ni inquietudes, muy al contrario, la sumerge poco a poco, en una quietud anestesiante que ni ella misma se da cuenta, y nada más pone la cabeza sobre la almohada y su rollizo cuerpo sobre la cama, se duerme. A las seis en punto de la mañana, Chipko, cabal cumplidor de sus tareas, sacude airosamente el plumaje de sus rojinegras alas, y la despierta puntual con un ufano, alborotador e insistente quiquiriquí.

Otilia dejó de soñar, al menos, no recuerda ni un solo sueño y mucho menos una pesadilla que haya tenido en los últimos años de su vida; ella se pregunta, si será el exceso de kilos lo que no le permite soñar.

Hubiera podido casarse hace años, cuando la excesiva grosura aún no se había adueñado de ella; cualquier hombre que necesitara una mujer sin opiniones sobre nada, que prefiriera la comida casera puntual y la televisión al atardecer, se podía haber enamorado de Otilia o al menos convivir con ella. Cocinar, ver televisión, cantar, rezar y al final del día dormir como se debe, son acciones que ella sabe realizar con éxito.

Pero Otilia no tiene suerte, a cada uno de los pretendientes, los fue borrando, por una causa u otra; después, a medida que engordaba excesivamente, los enamorados ya no aparecieron. Constantemente se pregunta en voz alta, como es posible que se haya transformado en lo que es, una

mujer rechoncha y obesa. Le cuesta demasiado comprender lo que según ella, la vida le ha hecho. ¡Qué soledad tan grande la de su adiposa humanidad!

Otilia, gordinflona, muy gordinflona, empieza a culpar para sí misma, a todo y a todos de su desgracia, de la forma gordona que ha tomado su cuerpo.

Vive en un desconcierto interno, brinca de la alegría a la tristeza, de la tranquilidad a la desesperación, cada vez que una aflicción en el cuerpo, la obliga a comer, come, come más aún y con avidez. Ella misma no entiende, por qué nunca puede resistirse a la comida, salada, dulce o picante, fría o caliente.

Al final del día, como todos los días de todo el año, se duerme después de invocar a sus santos, y rogarle a los poderes celestiales que le den fuerzas para adelgazar; para después preguntarse por unos instantes, si sus ruegos habrán sido oídos por los cielos, y si llegará la solución para ella; cierra sus ojos y sin apenas moverse, sumerge su voluminosa humanidad en el olvido durante nueve horas exactas.

Los que la rodean, muy de vez en vez la visitan, y nunca reparan en lo que acontece en el alma solitaria de Otilia.

En uno de sus rígidos y diarios hábitos, abre su closet, repasa metódicamente cada pieza de vestir; se imagina un armario con hermosos y estili-

zados vestidos, y después con resignación, para vestirse, coger una bartola ancha, muy ancha, hoy de rayas, mañana floreada, después de lunares, las tiene en muy variados colores, mas ninguna es más allá de una vestimenta amplia, muy amplia, mientras, en voz alta se dice —Soy una gordona horrenda.

La casa siempre está inalterable, a Otilia le gusta ir y venir cantando, de la sala con la televisión a la despensa, de la despensa a la cocina cantando, cantando y saboreando siempre alguna golosina, y de la cocina al patio, donde Chipko reclama imperioso aleteando y quiquireando, sus raciones de alimento, pues él ya ha cumplido su tarea, ya la despertó, y el jardín fragante está a salvo de cualquier plaga; hasta las seis de la tarde no se le vuelve a oír.

Hace unos tres meses, en la quinta al fondo de su casa, se mudó una mujer con sus dos hijos: Edecio de veintisiete años y Arnoldo de catorce. Los tres en una breve y cortés visita que le hacen a Otilia, se ponen a sus órdenes.

Un día, Edecio se asoma a la tapia contigua que rodea y separa el patio de Otilia del de ellos, en un momento en que ella como acostumbra a esa hora, está regando su perfumado jardín y, entablan una sencilla conversación que dura lo que dura la actividad del riego.

Edecio es un hombre cordial, con un cuello erguido, de pelo negro liso y echado hacia atrás, la na-

riz un poco grande, con una voz grave y cálida, y una mirada enternecedora por su color agua—verde, de unos ojos que miran joviales.

Ella lo mira con curiosidad y un ligero entusiasmo, como si de súbito hubiera perdido la noción de estar sobre la tierra. Desde hace mucho, muchísimo tiempo, ningún hombre le ha hablado así, lo que Otilia atribuye quizás a causa de su físico; pero él no parece hacer reparo alguno, y conversa animosamente con ella.

Se ha vuelto una rutina, una rutina deliciosa para Otilia, la visita de Edecio en el muro cada tarde de cada sábado. El horario del riego ese día, se ha transformado de quince minutos en media hora, hasta llegar a una hora y hasta dos. Le ha dado por sembrar más semillas de plantas aromosas, y con entusiasmo planta un rosal a punto de florecer; secretamente piensa que cuando florezca la primera rosa, esta le traerá suerte en el amor, ya que así dice una leyenda del pueblo donde nació, allí, al pie de la cordillera andina.

Momentáneamente, se le atraviesa un pensamiento gris, recuerda las palabras de sus hermanas en la última visita hace casi un mes:

—¿Qué te pasa Otilia? ¿Todavía no piensas en rebajar? ¿A dónde piensas llegar?

Le dice una de ellas con voz rasposa.

—Eres una necia; deberías enflaquecer y hacerle caso al primero que te proponga matrimonio.

Afirma secamente la otra hermana.

Y se acuerda como ella por respuesta, se limitaba a arreglarse el cabello, adoptar una expresión falsa de indiferencia y callar.

Tiene Otilia cuarenta y dos años, pero el tiempo es veloz en una carrera en la que nunca se extenúa; ella sabe, que en unos años aparecerán las arrugas, se vencerán las comisuras de los labios, las invasivas canas apagarán el brillo bruno de su melena, se volverá yerma y agria, y el cuerpo, su cuerpo, será más pesado, más obeso, más flácido.

El domingo, es el día de molestar a Dios con su gordura; temprano va a la iglesia, a la que acuden más mujeres que hombres para pedir, para suplicar a una indiferente misericordia divina, clemencia a sus amarguras. Otilia se refugia en un extremo del recinto, aspirando el olor de las velas y alegrando sus pupilas con los fugaces chisporroteos, mientras oye los murmullos de los rezos como si les hubieran dado cuerda. Apenas puede estar arrodillada mucho tiempo, es un tormento el dolor en las rodillas.

Una de las tardes de riego y coloquio, acordaron Edecio y ella, que la próxima conversación la tendrían en la salita de la casa de ella. Otilia le pide que sea el próximo sábado, a eso de las cinco de la tarde.

El viernes anterior al día convenido, el acicalamiento es intenso, se esmera en elegir el color del esmalte de uñas a juego con el tono del vestido; lava su negra y bucleada cabellera doblemente, añade per-

fume al enjuague y una vez seco el pelo lo cepilla el doble de siempre. Se tarda en elegir la ropa para ese sábado, selecciona un traje primaveral de dos piezas que le esconde mejor sus voluminosidades. En el día, ha horneado unas galletas que sabe le salieron deliciosas, y piensa acompañarlas con unas tazas de chocolate caliente.

Esa noche se dirige del tocador a la cama en puntillas, parece flotar como su corazón. Otilia está enamorada.

Llega el sábado, nerviosa, no sabe qué hacer; desde el día anterior ha preparado todo y está muy ansiosa, siente impaciencia en el pecho, y se entrega con ardor a la espera.

Desde tres horas antes, a las dos, ya está arreglada. Para hacer tiempo trata de entretenerse; cuelga maniáticamente los vestidos en el ropero por orden de estampados y colores, acomoda su delicada ropa interior en el cajón y organiza sus innumerables productos de belleza sobre el tocador. Sólo le queda esperar... nerviosa, prende el televisor y se hunde en uno de los sillones de la salita a dar tiempo al tiempo.

Las cinco en punto, oye el timbre, es Edecio; le abre una Otilia tan asustada como enamorada. El barrio está sumido en un silencio pegajoso.

Asoma el pliegue de una sonrisa en sus labios, la mirada se agranda, y hasta sus hermosas pestañas se agitan picarescas.

Se encaminan a la salita y se instalan en los dos

únicos sillones que hay, apretujados entre coloridos cojines. Él habla del patriotismo, de los programas sociales, de los sacrificios que el pueblo hace, de los bienes públicos y privados, abriendo y cerrando sus manos con vigor. Ella callada, se limita a escucharlo atentamente aunque no entiende nada de lo que dice, lo oye como en sueños; ya la sola presencia física de Edecio es suficiente para que Otilia se sienta felicísima.

Chipko, puntual e indiscreto, a las seis en punto despide la tarde con su escandaloso canto. Edecio furtivamente mira el reloj y la mira a ella, más no hace el mínimo gesto de levantarse y ella tampoco. Al rato, al despedirse, se siente ebria de amor, tiene el impulso de besarlo en la mejilla, pero no se atreve.

— Solo Dios y yo sabemos lo que hay en mi corazón — se dice a sí misma.

Hubiera querido poder entender lo que Edecio dice en las conversaciones, la energía para exponer sus ideas y su anhelo de transformar la vida. Tal vez, algún día, cuando fuera más delgada, podría pensar así, y llegaría a su altura.

Las visitas sabatinas se volvieron fijas e intercaladas con otras, las de los martes. Cada tarde de esas, se compenetran más. Ella empieza a leer el libro que él le recomendó, con un diccionario al lado que también le prestó. Las conversaciones abarcan otros temas, ella le habla del uso de las plantas aromáticas en la cocina, de cómo apareció

Chipko en su vida, de su familia, de sus ideas religiosas, de su tedioso trabajo, de poco más podía hablarle, era su limitado repertorio.

Y empezaron a quererse, a detenerse en las miradas, a recoger sus manos en las del otro, a saborear al mismo tiempo los variados dulces que ella le ofrece, empezaron a amarse, despacio, sin apresuramiento, como gotas de eternidad. Ella a él, lo mimaba como a una hermosa planta, a la que tiene que cuidar con gran esmero en un áspero suelo. Él es espléndido, en cada visita se aparece con un regalo. Ella sabe lo que es caro, él lo que es bueno, una combinación perfecta.

Ambos se vuelven más audaces, en la última visita, cuando ella se reclina a ofrecerle otra taza de chocolate, él le acaricia la mejilla y se la besa desviándose a los labios, para rápidamente cubrirle el rostro de besos. Y esta vez, hablaron del amor y de la soledad. Al despedirse, él la estrecha como puede contra sí, Otilia se siente arrobada con el abrazo.

— ¿Te gustaría que nos fuéramos a tierras lejanas, como suelen contar los cuentos de aventuras? — le pregunta Edecio mientras la acaricia.

La pregunta se le acerca lentamente, como si llegara de un viaje de un mundo extraño. Otilia se alisa nerviosa el vestido floreado, y echando hacia atrás la cabeza y removiéndose coquetamente el cabello, le responde.

— Contigo quiero estar, a donde tú vayas yo voy.

Quedan, en que durante las dos semanas próximas no se verán, pues él tiene que viajar al interior, pero el segundo sábado, se amaran con la intensidad de los cuerpos. Otilia le echa los brazos al cuello, y Edecio no se reprime y le acaricia el asomo de los pechos en el escote; el deseo en ambos y el susto además en ella, los acompañarán hasta ese día de la nueva cita.

Se va Edecio, y una vez cerrada la puerta, Otilia está embargada de alegría, es presa de unos deseos insostenibles de cantar, de danzar, de hacer cualquier cosa alocada, de abrazar a la primera persona que se encuentre, hasta de beber para olvidar sus cuarenta y dos años y su gordura, que parecen esfumarse ante el asalto del amor. Necesita música, movimiento, luminosidad, su corazón reencontrado ardorosamente se está rebosando. Tiene por delante varios días, para preparar al detalle ese que será un día radiante. Su soledad ya ha durado demasiado.

Repentinamente recuerda, que el domingo anterior al siguiente sábado de la cita, es el día que sus hermanas le harán la obligada visita familiar.

Durante esos días, come menos, mucho menos, no vuelve a probar ni siquiera las ensaimadas que se prepara. Saca del cajón un pijama de seda que la tela susurra, lee un libro de poemas galantes que él le prestó, llena la casa con sus afinados y sonoros cantos. Otilia está feliz, feliz como no lo ha estado desde hace tanto tiempo, y siente ale-

gre su cuerpo, hasta más ligero lo siente, y que vibra como si danzara, es una sensación íntima y placentera, y se pone a entonar románticos boleros. Para ella, Edecio reúne lo más portentoso del amor. El deseo al pensar en él se entrelaza desde sus ojos a su piel, desde su piel a sus entrañas.

Faltan todavía un par de horas para que se acueste, prende la televisión, se arrellana en su sillón, con un postre de hicacos en un platillo, y se dispone a entretener si es que lo logra, la mente y el cuerpo de los impulsos de verlo de nuevo.

Al día siguiente es domingo, a las nueve y media de la mañana suena el timbre de la puerta, son las dos hermanas que llegan a tomar con ella el rico desayuno que Otilia les tiene siempre preparado; piensan también como persistentemente lo hacen, aconsejarla sobre su gordura e insistirle en que se busque un marido.

Tocan el timbre con insistencia, nada sucede, pasan a golpear la puerta con los puños. Inútil, nadie la abre; ellas con la llave de repuesto que tienen de la casa de Otilia, la abren.

Por la ventana penetra un solecito alegre, y de la calle asciende un ruido ronco de domingo.

La ven sentada en la sala, en su sillón preferido, rodeada de los vistosos cojines, el platillo con los hicacos está desparramado en el suelo y la televisión prendida. Otilia, está muerta.

Una trombosis la noche anterior, dictaminó después el médico.

Es una mañana en que el cielo resplandece en azules, lavado por el fresco de la noche de verano. En el rostro de Otilia, hay un hermoso gesto de alegría como nunca antes lo habían visto sus hermanas, y sobre el regazo, una rojísima rosa primorosa de su rosal. Había florecido el día anterior, augurándole el amor y Otilia la cortó con primor. La leyenda se cumplió, el amor llegó a su vida. Esa flor, era la rosa de Otilia.

EL INSOMNIO DE MATÍAS

¿Qué es el insomnio?
*La pregunta es retórica;
sé demasiado bien la respuesta.
Es tener y contar en la alta noche
las campanadas fatales,
es la carga de un cuerpo que bruscamente
cambia de lado, es apretar los párpados (...)
es saberse culpable de velar cuando los otros duermen,
es querer hundirse en el sueño y no poder (...)
es el horror de ser y de seguir siendo,
es el alba dudosa.*
Jorge Luis Borges

La noche llega, el poniente se ilumina con tonalidades nacaradas. Matías es un hombre alto, enjuto de carnes, con una edad que frisa en los setenta, y está es, otra noche mas intentando dormir; se acuesta puntualmente como todos los días, alrededor de las doce y media de la noche; ya su mujer Florelia está dormida

Igual que muchas noches anteriores, se repite el mismo agobio, no logra conciliar el sueño. Da vueltas en la cama, boca abajo, de lado, hacia arriba, se enreda en la sábana, prende la luz de su mesita de noche, y lee unas páginas del libro que está en su mesilla; le escuecen los ojos, ya es suficiente, ya es suficiente, se repite y apaga la pe-

queña luz de nuevo; en las primeras noches hasta contaba ovejas con los ojos cerrados una, dos,... setenta,... cien... y no terminaría nunca la cuenta. ¿Tendrá que ver con el pensar? se dice. Amigos le aconsejan que ponga la mente en blanco, como si se pudiera vaciar la mente de los pensamientos ¡qué idea tan absurda!

¿Cuál habrá sido el motivo, las causas de no poder dormir? Matías repasa mentalmente los recuerdos y las ideas y cree, que no existen motivos para esta angustiante situación que padece.

La noche se alarga, el silencio se hace más callado aún; Matías escucha su propia respiración. De nuevo, vueltas tras vuelta en la cama, tratando de encontrar la postura adecuada, pero nada sucede, los párpados ni se entornan. El insomnio se apodera de su noche, de otra noche mas, él tiempo y el no dormir se eternizan en un desvelo irremediable.

Se sienta en el borde de la cama con cuidado para no despertar a Florelia, con ambas manos en las sienes, intenta pensar de que manera podrá superar este insomnio que se ha convertido en una tortura.

Se levanta a tientas, busca las pantuflas y de nuevo a rondar la casa otra vez, en ella reina un profundo silencio y se deslizan cómplices las sombras de la noche que dejan su tinte oscuro en los muebles, en los enseres, por toda ella. Matías vislumbra la puerta que sale al patio, sale y se sienta en un banco, la brisa nocturnal es templada; pone atención y escucha el rasgueo de una guitarra, es

el joven noctámbulo de la casa vecina que toca y compone de noche y duerme de día. Anda y desanda el patio, espera con una pequeña caminata cansarse un poco mas de lo que ya está.

Regresa a la cocina con la boca seca y se prepara un té relajante, ni siquiera está soñoliento; — Mi taza de té y yo, ambos insomnes — se dice. Nunca, nunca antes de estos infernales setenta días, le había sucedido algo así, siempre el sueño le llegaba puntual y reconfortante.

De nuevo entra y se asoma al ventanal de la sala, ve todo en penumbras. La luna con su liquida luz, se derrama sobre las casas y sobre los escasos árboles del barrio de su calle.

Ralph su gato gris rayado, amodorrado lo acompaña en sus andares, se despereza cada rato al seguirlo en su paseo nocturnal y de vez en vez maúlla incómodo, él, aún no se acostumbra a estos paseos nocturnos de Matías.

Es tiempo de vigilia forzada, Matías repasa el techo y las paredes de la casa, detalla manchas que nunca antes había notado; resaltan a sus ojos los exóticos dibujos negros en el pelaje del gato gris rayado, y las delicadas formas de los encajes de las cortinas de la sala, en las que nunca había reparado.

Las 4:20 a.m. y sigue despierto esta noche también. Su esposa duerme placidamente, casi nada altera su sueño.

Poco a poco, noche tras noche, se ha vuelto habitual, normal, no dormir definitivamente nada,

y ni siquiera una cabeceada de día; la desesperación lo vence. Ha llegado al extremo, de aguardar con impaciencia el amanecer, los ruidos del barrio y todo aquello que signifique vida diurna, para intentar acoplarse al ajetreo de la vida. Pero, aún es de noche, y todavía la luz de la alborada no clarea.

Al fin amanece, Matías ve el resplandor mañanero a través de las cortinas de la ventana; ya se conoce al detalle las variaciones en la luminosidad tenue de ese momento.

No lo agobian problemas familiares, ni económicos, ni laborales. Sus tres hijos son ya universitarios graduados ejerciendo sus profesiones y con hogares felices. No atraviesa desde hace mucho tiempo otras situaciones estresantes que no sean las agobiantes causadas por el pertinaz insomnio. No encuentra causas identificables para esta vigilia nocturna noche tras noche.

Recuerda entre opacidades, aquella primera noche que no pudo dormir; no sé explica que había sucedido que lo trastocó todo; no encuentra razones, ni la más nimia. Al principio, solía repasar mentalmente los sucesos del día, después serían los de su vida. Cuántas veces se ha preguntado ¿qué es el insomnio? La pregunta se le hace ya retórica, demasiado bien sabe él la respuesta, se la ha hecho y respondido tantas veces en las avanzadas horas de la noche, mientras el cuerpo se agobia y debilita.

Con gran desasosiego acude a los médicos. Lo encuentran saludable y mentalmente sano, excepto, por ese problema de no poder conciliar el sueño; un insomnio crónico le diagnostican. Unos le recetan distintos psicofármacos para combatirlo, otros, los naturistas, le recomiendan los recursos naturales de diferentes hierbas, ejercicios relajantes, la meditación, el yoga y la acupuntura; recursos todos que han resultado inservibles para su padecimiento.

Los familiares y los amigos lo encuentran cada vez más irritable, extraño, distante. El afable y trabajador Matías se está agriando, su maravillosa sonrisa magnética ha desaparecido, y la desidia en las labores aumenta día a día.

Imaginar que tiempo atrás dormía tan plácidamente. Si continúa así teme enloquecer. El rostro de Matías ya empieza a mostrar los estragos del insomnio, y no logra por mas que se lo propone, saber que le sucede, ni el porque. Suele verse en el espejo y preguntarse repetitivamente — ¿Qué me sucedió aquella primera noche que se desencadenó este insomnio?

Está hastiado, agotado, muy cansado. La ansiedad lo agita constantemente, no le apetecen los alimentos; el no poder dormir está haciendo mella en su salud; sufre de mareos, zumbidos en los oídos y mantiene los ojos rojizos y vidriosos, el rostro siempre ojeroso refleja sus luchas todas las noches por querer conciliar el sueño.

Quizás retomará el cigarrillo, pero... le había prometido a Florelia que no fumaría más, y de eso hace ya casi un año, aunque siempre tiene una cajetilla guardada por si un acceso de ansiedad lo acosa. Y ¡acaso no es su situación desesperante! Fumará, claro que fumará, y enciende un cigarrillo aspirando con deleite.

El insomnio llega siempre, como una gran ola silenciosa, amenazante, imperiosa. Al llegar el amanecer, se retrae, pero queda latente, en espera, acechante durante el día a que la noche llegue, y cuando anochece, se acerca sigilosamente hasta adueñarse totalmente de la noche de Matías.

La noche del 25, Matías, ya por hábito, fatalmente resignado, todo adolorido, se recuesta una vez más de tantas y tantas en la cama, apenas para intentar reposar algo su cuerpo. Mira a su alrededor echando un vistazo por la habitación que parece girar, siente una fuerte presión en la parte posterior de la cabeza, un hormigueo en sus piernas, y el escozor en los ojos es tan intenso que le resulta insoportable; llora silenciosamente. Está renunciando a casi todo, que ya es casi nada, no puede imaginar el tener que soportar una noche más así.

Mañana 26 de abril, cumple setenta años y se pregunta en un murmullo a sí mismo:

—¿Tiene sentido alguno seguir viviendo así?

Él mismo se responde:

— ¡No, no quiero cumplir setenta y ni uno más!

No puedo resistir más tiempo. —

Los medicamentos, las terapias, las sesiones médicas, los amigos, el entorno, nada ni nadie consigue salvarlo de sí mismo y del insomnio al desesperanzado Matías.

Recostado manosea la pistola y con mano vacilante, la coloca a su alcance en la mesita de noche; lo que tenía que hacer ya lo ha decidido.

Es domingo, un nuevo día madruga. El cielo es de un azul claro y limpio, el sol empieza a asomar por el horizonte. Amanece, esta vez Matías no alcanza a distinguir las hermosas tonalidades de la luz mañanera.

La pistola sigue en el mismo sitio que la había colocado el anochecer del 25.

Matías aún duerme profundamente.

El insomnio ha sido magnánimo con él, para su cumpleaños, le regaló su indiferencia por primera vez en tantas noches, obsequio que perdurará hasta el final de la vida de Matías.

Después de tantas noches, esa noche, Matías duerme plácidamente.

UNA OBRA DE ALIENTO

*¿Cómo describir mi llanto ardiente,
mi odio encarnizado,
la desesperación de haber perdido el paraíso?
¡Oh, para ello se necesitaría ser escritor,
y yo no lo soy!*

Roberto Arlt

*Hay que seguir, siempre,
intentándolo, siempre fracasando.
No importa, inténtalo otra vez.
Fracasa otra vez. Fracasa mejor.*

Samuel Beckett

*Al demostrar que la realidad puede ser fantástica,
desperté el odio de los que se habían dedicado a las
obras de ficción.*

Silvina Ocampo

Nadie imagina la tragedia oculta en cada letra, en cada palabra, en cada frase que ya no escribo; llevo casi once prolongados años sin escribir nada. He cumplido los sesenta y cuatro, tengo el pelo canoso, con una calvicie incipiente en la parte superior, tengo una nariz angosta, soy robusto por no decir regordete, me visto de chaqueta oscura y siempre llevo conmigo mi sombrero y los cigarrillos que no pueden ni deben faltarme; sobre cualquier parte del apartamento, suele reposar a la expectativa mi taza de café ya vacía con una co-

lilla de cigarro aplastada en su interior. Tras dos fracasos de vida en pareja, decidí vivir solo. Me apellido Persale y mi nombre de pila es Horacio. Antes, me bastaba ver a los ojos que me mirasen o no, escuchar las disímiles resonancias de las risas, el latido del paisaje y abrigar la vida que desborda en alegrías y sufrimientos, para que el ingenio de la escritura de ficción en contraste con la realidad, fluyera en cada trazo que escribía; todo lo que me rodeaba era mi aljaba de flechas mágicas, las que disparaba en trazos sobre el papel; ello me aseguró un espléndido destino como escritor, mi arsenal literario era continuo y me prodigaban elogios por mis novelas de ficción.

Después del éxito bullicioso que causaron mis publicaciones, mi entusiasmo decayó violentamente, se produjo un desmoronamiento. Algo ocurrió que no sé explicármelo. Algo que me llevó a no querer escribir más ficción. Miro hacia adelante, y el día de hoy, experimento el pavor del escritor que barrunta que ya escribió todo lo que pudo y no puede escribir más.

Kierkegaard afirmó, que la vida se vive hacia delante, mas es entendida hacia atrás.

Infecundidad total, no garrapateo ni una línea. Me llamaron autor de ficción, me escucharon, me leyeron, me elogiaron, y de pronto, me encuentro con que soy incapaz de crear una frase original que justifique mi don y mi prestigio como escritor de lo que ahora quiero escribir, realidades.

¿Cuándo publicas de nuevo? ¿Sobre qué estás escribiendo? ¿Qué universo recrearás? ¿Cuál nuevo mundo fantástico nos espera? Preguntas discretas, indiscretas, irónicas o francas, al ver que no escribo absolutamente nada.

Me prometí enérgicamente muchas veces durante estos años en blanco, escribir un nuevo género literario: la narrativa autobiográfica. Tengo que atreverme y aventurarme a enfrentar la vida interior; que la obra sea mis vivencias propias, el retrato literario de un rostro, el mío.

Ya lo dijo Saramago *Se vive para decir quiénes somos*.

Pero todo parece inútil, como si fuera una esperanza desproporcionada con mi propia realidad o una absurda terquedad creadora.

Sin embargo, con amor propio de escritor, me propongo empecinadamente escribir de nuevo sin cavilar; embriagarme de propósitos, incitar a la lucidez que precede a todo acto creador.

Me encierro en el escritorio y me apoltrono en mi sofá—cama de espaldas a la ventana por la que penetra un alegre solecito, y asciende de la calle un ruido estridente de una sirena a la distancia. A mis pies echada siempre, Miroll, una perra callejera color arena, con un rabo cansado y un corazón siempre dispuesto a acompañarme, que había llegado a mi puerta agobiada por el abandono y lleva conmigo cerca de nueve años, me sigue a todas partes, persistentemente, con la comprensión del

que lo entiende todo en su mirada. En una estantería de la biblioteca permanecen ordenadas todas las ediciones de mis libros; fumo concentrado en vigilar las caprichosas volutas de humo a contraluz y saboreo un aromático café, calzo mis pantuflas de felpa, silbo, juego con las teclas de la computadora, las cuartillas y los bolígrafos, me levanto, me siento o recuesto de nuevo, doy vueltas en la habitación; solo entre cuatro paredes, solo de soledad, solo de solamente; a la espera de la maravillosa fuerza que me inspire una escritura valiosa. Lo único que me provoco, son accesos de tos por el tabaco y el agobio de un ermitaño, además, parecen no faltarme nunca motivos inventados o no, para interrumpir mis propósitos. Por más que insisto, por más que me grito a mí mismo que soy un buen escritor, que ya lo he demostrado durante mucho tiempo, quedo inmutable frente a la página en blanco del papel o ante la pantalla limpia de la computadora.

Hago tentativas de provocar a la inspiración, de infiltrarme en mi subconsciente, todo es infructuoso, me indigno contra mi incapacidad.

Al adentrarse la noche, me asomo a la ventana de mi undécimo piso donde vivo; desde ella, se ve un fragmento de la ciudad iluminada, un brazo de lago y una escasa hilera de coches. Un leve resplandor irradia siempre a esa hora la estancia, es como un aura blanca resplandeciente con sesgos amarillos, es la curiosa luna acechándome con

claridad indiscreta. Afuera, en el oscuro cielo, se erige para mí el universo del sonido del lenguaje, se recrea cada noche y se deleita en sus voces, mientras yo, me quedo inmóvil en el mundo del silencio y ya no acierto a imaginarlo. Al despertarme en la penumbra que antecede al amanecer, busco a tientas los restos del sueño que permanece en mi conciencia y no los encuentro.

Cualquier trama que me sugiere la mente, ya la había escrito con anterioridad; necesito crear una nueva obra que me de el frenético hálito que tuve en el pasado, Una obra de aliento, así llevará por título, hasta he pensado utilizar un seudónimo; me urge escribir un libro sobre la desolación del escritor que ya no logra escribir, me hastié del tema de la ficción y trato de desviarlo radicalmente; quiero escribir mi historia, el testimonio de cómo un escritor permaneció y emergió de la bruma después de once años de esterilidad. No pondré al narrador a contar cosas, seré yo mismo quien las estará contando, pues el espacio entre el autor y lo que se cuenta, suele estar ocupado a veces por el narrador como intermediario. En la autobiografía hablaré conmigo mismo; me transformaré en dos personajes que mantienen entre sí un diálogo donde nadie interrumpe, el escritor y el yo ficticio paciente y perverso al cual me dirijo y que siempre está presente, ve y escucha cada palabra. Reconozco que parte de mi interés en escribir una autobiografía, es poder revelar lo ocul-

to mío que sólo yo conozco y estoy convencido de que al lector le gustará develar esos secretos. Es momento de poner la vida del escritor que soy en mi escritura, donde el lenguaje elige como el yo se va a configurar tanto en la grafía como en la lectura.

Las semanas, los meses, los años, han transcurrido en la habitual progresión de los días; saco la basura, leo las noticias, como frugalmente, hago diversas llamadas telefónicas; al anochecer me voy al bar de la esquina a compartir con los amigos, allí, la bebida y la música me trasladan a universos invariablemente fantasiosos. Compañeros de diversión etílica, escuchan atentos las fantásticas historias que les relato; en mi quehacer literario había aprendido varias palabras en distintos idiomas y las intercalo en la conversación, ellos estaban convencidos que yo hablo varias lenguas y las mujeres me rondaban como mariposas, ellos me admiraban excitados por la bebida; la imaginación entre trago y trago, entre conversa y conversa, se me desata y me entrego a todo tipo de mundos imaginarios, inexistentes, eso sí, todos ellos son con imágenes totalmente extrañas a la vida real que me rodea, son universos ficticios, la ficción me tiene encadenado.

Suelo asistir frecuentemente a eventos y tertulias literarias, y de vez en vez, doy alguna charla sobre el arte de la narrativa ficcional; sin embargo, no encuentro inspiración ni indicio alguno que

me motive a emborronar alguna hoja, con hechos y personajes reales y existentes en mi propia vida cotidiana y con mi propio yo. Le echo la culpa al país, a las guerras, a las crisis económicas, a la cibernética, a las multitudes, a la música escandalosa, siempre encuentro un culpable de mi ineptitud en todo.

Garabateo palabras sin sentido, arrugo papeles hasta reducirlos a una bola y los arrojo a la colmada papelera, es que me surgen hechos, pero nada significativos; de un modo vago lleno hojas con historias que no interesan a nadie, ni a mí mismo, me siento abotargado. Había creído siempre, que cuando un escritor quiere escribir, lo puede hacer, que escribe sobre lo que quiere, de día, o de noche sacrificando horas de sueño, en la cafetería, en cualquier sala de espera o en la barra de un bar, donde sea y como sea, cuando lo desee; sin embargo, encuentro millares de explicaciones para justificar mi fracaso, mi ineptitud para publicar un libro que me satisfaga.

¿Qué me falta para lograrlo? ¿Quiero escribir sobre mi verdad? Lo que hasta ahora había escrito en mis novelas fantasiosas no provenía de sucesos vividos por mí, todos eran personajes y hechos irreales, ficticios. Hace tiempo, que la ficción ya no me dice nada como género de expresión, anhelo centrarme en la autobiografía, donde la fantasía apenas interviene. Me intriga la inversión que me propongo de los temas, de la ficción, a una reali-

dad donde yo debo ser el relator de mis acciones, el custodio de mis papeles, mi propia encrucijada ante el mundo, la sombra que evidencia mi alza-da.

¿Seré capaz de escribir mi realidad? ¡No, no lo voy a lograr! ¡Ya no llegaré más lejos! suelo decirme con consternación, más inmediatamente me digo que debo, que debo hacerlo, que tengo que hacerlo, que lo puedo lograr; escribir sobre la verdad de lo por mí vivido, palpado, oído, nada de ficción, me saturé; hace años nunca lo hubiera pensado así. Al organigrama de mis obras le hace falta un cambio, una entrada realista, sublime y generosa de mis circunstancias. Tengo necesariamente que darle un remezón al escritor que me habita.

Las páginas narrarían lo que soy, lo que puedo ser, cada letra cifraría el oscuro signo que quiere decir mi vida de novelista de ficción extraño a la realidad. Puedo y debería crearlo, total, siempre vivimos en la memoria, habitamos en ella.

Un escritor de novelas, describe y narra situaciones que erige partiendo de la enmarañada complejidad de la realidad; en cada palabra pretende una aproximación al lenguaje que es la morada del hombre, y en la descripción de esa realidad, inserta un soñadero que le permite al lector vivir una ilusoria situación dentro de circunstancias reales o irreales... Así recuerdo comenzaba la última charla que di hace más de un año.

El ser humano común, recela de la imaginación y

hasta le suele inquietar a veces cuando ésta lo atribula con heréticas tentaciones, a sabiendas, que la tentación vencida se transforma en conocimiento, como afirma Michaux.

Yo, había demostrado con mi obra literaria, no ser un hombre común, no desconfiaba de mi imaginación y nunca me inquietaron las tentaciones, había demostrado no ser mediocre.

En mi exilio literario que tal pareciera se está convirtiendo en una adicción, sigo el hábito de toda una vida: leer, leo mucho, de ahí la selección actual de excelentes libros autobiográficos que me ilustren, motiven y sostengan para mi nuevo propósito en este tiempo de extenuación.

He leído y leo últimamente con gran interés y dedicación: el *Diario íntimo* de Amiel, *Autobiografía de sí mismo* de Sthendal, *Diario de guerra* de Jünger, *Diario* de Anaís Nin, los tres libros de *Una autobiografía* de Virginia Wolf, *Diario literario* de Léautaud... todos estos escritores cultivaron el estilo autobiográfico en muchas de sus creaciones, en formas anarquistas, proclives a la fragmentación, a la alteración y a la intermitencia de la vida, sin ataduras. Acabo de iniciar la lectura de una interesante novela *Fils* de Doubrovsky, autor de la narrativa de ficción aunada a la autobiografía, que él mismo califica de "autoficción", y tengo por delante a *Infierno* de Strindberg.

Las cinco de la mañana, el gallo del vecino canta hoy como canta todos los amaneceres, adelantán-

dose a la aurora de un día soleado de verano y Horacio Persale, con la idea de iniciar una novela autobiográfica, un diario literario si los dos términos conjuntos tienen la significación que él quiere darles, prende su computadora y escribe:

Una obra de aliento.

Nadie imagina la tragedia oculta en cada letra, en cada palabra, en cada frase que no escribo; llevo casi once prolongados años sin escribir nada...

¿ASÍ ACABA TODO?

*A lo sonoro llega la muerte
como un zapato sin pie, como traje sin hombre,
llega a golpear con anillo sin piedra y sin dedo
llega a gritar sin boca, sin lengua
ni garganta.*

Pablo Neruda

*No quiero una caja sencilla, quiero un sarcófago
de atigradas rayas y un rostro pintado redondo
como la luna, que me mire, quiero.*

Sylvia Plath

*Vamos a morir, todos nosotros,
¡qué circo!*

Charles Bukowski

Reclinado en la cama, ayudado de varias almohadas para que no lo sofoque la asfixia, Félix Ángel mira a través de sus recargados párpados semiabiertos, a unos tenues rayos del sol que atraviesan las cortinas y se alargan sinuosos sobre la sábana y la cobija que lo cubren.

Está seguro de que va a morir, se siente morir, no hay remedio alguno que pueda evitarlo, y no se atreve a extender la vista más allá de la luminosidad de los rayos del sol; tiene aprensión de dar una ojeada a todo aquello que le rodea, y que pronto, muy pronto, no podrá ver, ni oír, ni palpar, ni sentir, cuando la muerte llegue.

Retraído en el límite de su mirada entrecerrada se siente más seguro, más protegido, apenas distingue los dorados hilos rizados del sol en la pelusa de la manta que lo abriga.

Quizás tenga unas horas más, o unos días, o un par de meses si acaso. Ya debería no pensar en nada que le signifique vida, tiene que preparar su pensamiento para que este desaparezca ante el vacío que en que muy pronto se sumirá.

— Amor, la medicina con un trago de jugo de naranja que tanto te gusta.

Bebe dos sorbos con la pastilla, y devolviendo el vaso sonríe levemente a su mujer; intenta acariciar su corto cabello negro y besar su mirada triste pero no tiene fuerzas, entorna los ojos y suspira conmovido por su ternura.

— Así, así cariño mío, descansa— lo abraza delicadamente, le besa las mejillas y le sube la manta hasta el pecho.

Quizás, si hubiera estado solo, se hubiese puesto a llorar amargamente, o a gritar con rabia desesperado, pero con ella allí, su tan amada mujer, atenta a su menor gesto con una leve sonrisa en el rostro y las lágrimas siempre asomadas, no puede, no debe acrecentar su pena, la que ella siente por este hombre, su compañero, tan delgadísimo, tan exangüe, tan enfermo.

Félix Ángel respira y aspira lentamente como un fuelle polvoriento. Decide entonces, repentinamente, pensar, imaginar, en lo que le sucede-

rá una vez que fallezca, y atrevidamente enfrenta este propósito; será una manera de estar aún aquí, en vida, y a la vez, muerto ante los demás, ahora es el mañana. La marea del universo trae y lleva a los seres.

Para él, allí acostado, esa idea se le desliza en el pensamiento. Bizarramente, imagina y piensa; detiene la mirada de sus ojos nublosos en el dilatado cielo raso y los entorna; no mueve los labios, ni un párpado, ni un dedo.

Unas formas imaginarias se mueven dentro de su pensamiento.

Se ve muerto, tal como él había visto a otros muertos; con rigidez pétrea, el rostro lívido y contraído, los labios de una palidez marmórea, los ojos turbios y céreos, todo él rígido y frío.

Está en la funeraria, lo lavan, visten y peinan con total indiferencia, automáticamente y hasta con cierto asco; él mismo, siente en su imaginación, repulsión al pensar en las carnes de su cuerpo que empezarán a descomponerse pronto, envueltas en una acre olor. Es muy difícil acostumbrarse a estar muerto, a tener una borrosa y letárgica conciencia de los restos de vida hasta anularse enteramente.

Ya está amortajado con discreción y elegancia, con su traje gris preferido, con la camisa y la corbata que había seleccionado con anterioridad, y las muñecas extáticamente cruzadas sobre su pecho. — ¿Y el alma? — cavila Félix Ángel.

— ¡Ay! el alma existe solo en mí mientras estoy vivo, así que al dejar de existir...

— ¿En donde quedé en mis pensamientos? Ah, ya, en el alma...mejor será preocuparme como me lo había propuesto, tan sólo de mi cuerpo.

Está en su velorio, su amorosa mujer no se separa de él, o de lo que queda de él, está rodeado de algunos familiares, de compañeros del trabajo como catedrático universitario y unos pocos amigos. Llegado a este punto del pensamiento, se ve a sí mismo dentro de una hermosa caja de nogal, con la tapa arqueada, barnizada y con broches dorados.

Los allegados lo están recordando momentáneamente en el funeral, se habla de lo bueno que fui en vida y de lo mucho que me van a extrañar; las flores en algunas coronas se esfuerzan en alentar la escena. La mayoría lo contempla unos momentos, con esa curiosidad que provoca el horror instintivo a la muerte, y que yo mismo he sentido delante de otros difuntos. Los amigos se detienen en su rostro, para deducir los estragos que ha hecho la muerte en él, la piel amarillenta pegada a los huesos del semblante y las orejas se han tornado casi transparentes, el endurecimiento pétreo de la frente y, en los párpados cerrados languideciendo sus recuerdos.

Le asalta la mente una pregunta que se hace el escritor Roberto Arlt:

¿Para qué afanarse en estériles luchas, si al final

del camino se encuentra como todo premio un sepulcro profundo y una nada infinita?

Cumplido el tiempo estipulado, la gente que lo acompaña se va distanciando.

Cierran el ataúd, y queda encerrado, inmóvil, aprisionado en el rígido abrazo del féretro acolchado, en absoluta oscuridad, en un silencio opresor. Ve en su mente la escena y la urna que les pesa; la levantan, atraviesan la estancia, bajan penosamente las escaleras, atraviesan un florido jardín y lo introducen en un automóvil; los concurrentes, curiosos unos, temerosos otros, indiferentes los demás.

El cementerio está detrás de una colina, solitario y silencioso, todo es grisáceo y polvoriento, con algunos árboles que parecen abrumados por el lugar; pero el cielo es una fiesta azulada, ese día se han retirado a otros cielos las combadas nubes de la noche anterior. Allí, en el campo santo, pareciera que no llega nunca el aliento de la primavera, todo permanece estático, petrificado.

A algunos de los presentes, les produce cierto alivio el saber que ellos aún gozan de la vida; casi todos adoptan un gesto grave y compungido, otros acaban charlando, rompiendo con alguna broma el aire de abatimiento; sin embargo, todos en común tienen un cierto quebranto, una embarazosa desazón, es el pensar que en algún momento serán ellos los protagonistas.

Lo depositan en la cripta familiar, los sepulture-

ros echan las paladas de la tierra que generosa lo acogerá sin protestar; se queda solo en la incierta oscuridad de la bóveda, bajo una lápida con su nombre completo Félix Ángel Galindo Elmersu, y las fechas de su nacimiento y muerte 15—1—1938—21—7—2014, como constancias de que el sepultado allí, había vivido y tenía edad, nombre y apellidos. Allí se ve en su mente, allí ha quedado, solo, íngrimo, con el aliento asfixiante de la muerte.

Es muy de noche y tiembla en el alma de Félix Ángel, son las doce o las doce y cuarto, la luna redonda, la luz mortecina de la ventana, no vuela ningún pájaro, el silencio y la penumbra de la habitación laten calladamente. Se le desencadena un acceso de tos que se oye como un coro cavernoso y ululante; Félix Ángel se agita y retiene su mirada ahora clavada en ninguna parte; la noche se adentra con augurios dolientes en el cielo.

Con extrema lentitud, como si regresara de una infinita travesía, recostado en su cama, se interroga a sí mismo:

— ¿Cómo se verá el mundo al no poder guardar en mi vidriosa mirada muerta con gesto doliente, algo que ya no es para mí? Se borra todo, hasta el recuerdo de la tierra, de los hombres; es el tiempo de lo malogrado, de lo anulado, de la nada que es lo único que me pertenecerá.

Suspira Félix Ángel, el temor le llega a la respiración, el miedo le entra en los pulmones y en el

inquieto pensar:

— ¿Cómo puede darse un vuelco a todo, tan rápido y tan abismalmente? La vida está llena de fronteras que sólo se reconocen después de franquearlas. No tengo nada que decirme, el mundo de mis emociones muere conmigo. Se acababa cualquier ilusión sobre la dignidad del final de la vida del ser humano. Asisto al sepulcro de toda mi vida. Al final, nos fatigamos, la verdad de la realidad es la nada de una eternidad.

Desesperado Félix Ángel grita en tono de protesta:

— ¿Así acaba todo?

La pregunta se desvanece en la habitación.

HILDA Y EL ESPEJO

*Tiempo llegará en que os dé vergüenza
miraros al espejo,
y el pesar vendrá a poner una
nueva arruga en vuestra frente.*

Ovidio

Estoy solo y no hay nadie en el espejo.

Jorge Luis Borges

*La tragedia de la vejez no es que uno sea viejo,
sino haber sido joven.*

Oscar Wilde

Teme a la vejez, pues nunca viene sola.

Platón

Es domingo, el cielo amanece gris y un viento cortante sopla desde las primeras horas; en la calle no impera el bullicio del trajín laboral de la semana y de los frenéticos conductores que pugnan por cada centímetro del asfalto.

Hilda se encoge de hombros. Siente el olor a lluvia en el aire, una pátina gris convierte el cielo encapotado en una gigantesca nube borrosa, y por fin, las gotas brincan alborozadas, bailando sobre la calle.

Es una mujer, que intenta a toda costa, batallar y ocultar la embestida de los años.

En su dormitorio, en un gran espejo ovalado, de cuerpo entero y hermoso marco dorado repujado,

regalo del que fue su compañero, Hilda retoca su peinado con los cabellos apretados en un moño. Los cristales de los lentes cubren el ya desvaído café de sus ojos, aquellos ojos grandes ahora están siempre velados por la melancolía. Su tez meridional está reseca, la piel es áspera y algo oscurecida en los codos, los pómulos salientes, la boca una pálida rosa marina con los mismos labios finos, las piernas son dos frágiles maderas que la sostienen. El rostro de Hilda es de un color lechoso, levemente violáceo en las sienes donde asoman unas venas a cada lado. Al verse, se le humedecen los ojos, acaricia al brillante espejo y él le devuelve la caricia. Alisa sus cabellos entrecanos, en los que asoman escasos mechones aún renegridos, aspira la última bocanada con violencia y arroja el cigarrillo recién encendido apenas en el coqueto cenicero de porcelana.

Mientras se arregla prende la radio, cree reconocer el tango *Cuesta abajo* en la voz del *morocho del abasto* Carlos Gardel.

Se suelta el moño y está un rato cepillándose frente al espejo, luego, se maquilla minuciosamente; las inevitables arrugas que acosan sus ojos, su rostro y el cuello, son una obsesión para ella. Las rugosidades como alambres retorcidos, recorren sus mejillas. Mañana, lunes, comprará sin falta las nuevas cremas faciales antiarrugas y antiflaccidez que la cosmetóloga le ha recomendado. La nariz parece haberse afilado y caído, hasta cree

ver agrandadas las orejas; el rostro ovalado y las caderas aún conservan vestigios de un cuerpo que hace años había despertado la admiración de hombres y mujeres. Cada día está más vieja, siempre a merced de la infamia del tiempo.

Enojada, las aletas de su nariz se hinchan y sus ojos parecen cortar como la hoja de un filoso cuchillo la imagen que insistente le concede el espejo.

Selecciona el traje negro y violeta, es el más apropiado para ir a la iglesia. Piensa, que el color negro es siempre sobrio y elegante. Coge su cartera, la cajetilla de cigarros, el encendedor de plata herencia de su padre, y con prolijidad repasa los pliegues de su falda. Su vestido negro y violeta, delicadamente ajustado le sonríe desde el espejo. Se limpia los lentes con un impecable pañuelo blanco que después dobla y guarda con esmero.

Varias veces el sol ha intentado mostrarse, pero aún, las pesadas nubes siguen arremolinadas acompañando a la lluvia que se aleja en esa mañana dominguera.

Llegó el atardecer, sin embargo, lo peor para Hilda son precisamente, los domingos por la tarde, cuando la mayoría sale a distraerse. Al fin ha escampado totalmente, y el sol se adueña de su territorio. Ella irá al cine, ha comprado una entrada, verá por segunda vez, la película de Buñuel, *El oscuro objeto del deseo*, en la que el director trata la ruptura y el desdoblamiento esquizofrénico del alma humana.

Prefiere ir andando al cine que está cercano; unas pocas calles y el aroma citadino invade el alma de Hilda. Se ve reflejada en las vitrinas en medio de objetos y vestidos que siempre atraen su atención. Son momentos tanto a la ida como a la vuelta, para encontrarse con el saludo de alguna amistad que alivie su soledad, y en sus miradas, pretende ser vista tan agradable y atractiva como se veía en aquel entonces de su juventud, sin percatarse del velo de vejez y tristeza que envuelve su rostro.

— ¿Por qué caminos he llegado a este estado? — piensa.

De regreso en su casa, entra en el dormitorio. Un crucifijo trágico de madera oscura, se destaca sobre la pared encima del lecho; un calendario indica todavía un mes otoñal. Debajo de la cama hay una caja llena de cartas, que hablan del amor, del desamor, de su niñez, del trabajo y también de la muerte de su padre; toma es carta, es la letra de su madre y ella era la destinataria; se las había escrito, cuando Hilda asistía a la universidad cursando estudios de derecho, en los que se graduó con excelencia.

Hilda extiende las sábanas, sacude las almohadas que exhalan un delicado olor floral y desdobra la cobija. Se desviste con rapidez, se pone su ropa de dormir y enciende el último cigarrillo del día; bueno, eso piensa, si esa noche el insomnio no se convierte en un hostil invisible, en todo caso, en la mesita de noche está el frasco de somníferos a los

que recurrirá si no logra conciliar el sueño.

Todo está en orden en la habitación, no se escucha nada, ningún llanto, ninguna risa, ningún ruido. Se sienta en el borde de la cama.

—Vamos Hilda, debes sobreponerte — se dice.

Permanece así un buen rato; luego, haciendo un esfuerzo, se levanta y se encamina obsesionada al espejo; las lágrimas han corrido el rimel de los ojos y le dan un aire grotesco, tiene hinchados los párpados. Aborrece aquella mujer que tiene enfrente, a su propio rostro atrapado en el espejo. Lo que le refleja, lo que en él ella ve al repasar su cuerpo, son unos senos que cuelgan como dos sacos de arena mojada, bamboleándose hacia uno y otro lado, y la piel de todo su cuerpo a modo de un pergamino, como las páginas amarillentas de un texto antiguo.

—Si pudiera uno olvidar como fue...

Frente al espejo, cabizbaja, el llanto ha convertido el maquillaje en una careta extravagante, y las arrugas se han hinchado como si los gusanos ya hubieran emprendido su tarea bajo la piel.

— ¿Se acostumbran los cuerpos al desgaste? — se pregunta.

La luna brilla en la gran bóveda azul del firmamento, ella está sola, sola con la única compañía, la de su ochenta y siete años. Se restriega los ojos por debajo de los lentes y desvía la mirada hacia el techo de un blanco insípido; intenta hallar pensamientos que desvíen su angustia.

Nerviosa y muy triste, va hacia la pequeña sala, hasta su minibar y se sirve una copa de vino, contra su costumbre colma el vaso hasta desbordarlo, enciende otro cigarrillo y se sienta frente a la ventana. Bebida y cigarrillo son sus dos nuevos placeres a estas horas nocturnas; hace repiquetear sus esmaltadas uñas sobre el brazo del sillón, inhala profundamente el humo y suelta una bocanada. ¡El futuro! Esa fantástica estación del espíritu ya no existe para Hilda; todo huele a rancio.

Se da cuenta de que es más de medianoche en la ciudad, cuando los faros luminosos de un solitario auto atraviesan fugazmente con su resplandor la oscuridad que reina en la salita. Siente un vacío, enciende una lámpara y se retira al dormitorio. Por sus venas corre el cansancio del tiempo de la vejez, lo rápido que un cuerpo puede cambiar, y lo sombrío que puede llegar a ser.

Sentada en la cama, aprieta contra sí las rodillas y oculta la cabeza entre las piernas tratando de hacerse un indefenso ovillo.

Ya son varios cigarrillos y más de tres copas; el cabello huele a humo y el aliento a vino. Afuera, la noche amenaza con despedirse. Se echa el cabello hacia atrás y hablándole al espejo alza los ojos hacia él, con una expresión inconsolable le dice: —Creo que ya nos conocemos lo suficiente. Yo no tengo la culpa de la imagen que reflejas. Esto es la vejez del cuerpo. Dormir, dormir, es lo que me hace falta.

Cubre totalmente el espejo de cuerpo entero con un paño gris, apaga la luz y acostada, recuerda parte de un poema de Silvina Ocampo.

¿En dónde quedó la cara sin arrugas?

apague la luz y verá

sin arrugas;

pero ¡ay! en donde quedaron los pliegues del mentón y del cuello.

Apaga la luz hasta dejar solo la línea de la oscuridad.

La imagen de Hilda, es ahora un grito oculto en el mundo.

EL BALIDO DE UNA OVEJA

*Hay pocas cosas tan ensordecedoras
como el silencio*

Mario Benedetti

*Sabemos lo que somos, pero no
en lo que podemos convertirnos*

William Shakespeare

*No hace falta conocer el peligro
para tener miedo; de hecho,
los peligros desconocidos son
los que inspiran más temor.*

Alejandro Dumas

A partir del día de mañana, así lo decidió la junta médica, volverá a oír.

Le operaron la lesión de los nervios de la asociación auditiva en el lóbulo temporal del cerebro, en el Área de Wernicke, que se había lesionado con el fuerte traumatismo sufrido en el accidente, dejándola sin poder oír absolutamente nada.

Tendida en la cama en la clínica, después de haber vivido durante cincuenta y tres años oyendo las maravillas del sonido, lleva ya casi cuatro años en el anonimato de la total sordera, con esa sensación tan desconcertante que le produce un mundo silencioso. Volver a oír, sería como renacer de nuevo en una tierra tan extraordinaria en sonidos. Llevaba demasiado tiempo con una sensación de pérdi-

da, de soledad, donde todas las imágenes desaparecían parcialmente en el mundo del silencio.

Al día siguiente, pasado completamente el efecto de las drogas y mitigados los dolores, la notable zoóloga especialista en comportamiento animal Celine Valderme, espera anhelante la visita del médico que le retirará los vendajes y le explicará su nueva situación. Los médicos del equipo que la operó, auguraron que había sido un total éxito la intervención.

Entra el médico a la habitación acompañado de una enfermera. Con hábiles manos levanta despacio los vendajes.

Lo primero que oye Celine, es el rumor de la lluvia de un día proceloso, también, el ligero crujir del uniforme de un blanco reluciente de la enfermera, después los rumores de la calle y el ruido del tráfico.

Lágrimas de entusiasmo y regocijo salen de su ansiosa mirada. Se rompía el agobiante silencio. El sonar aumenta el encanto de cuanto la rodea. No hay ninguna prisa y saborea cada ruido de la habitación.

—¿Está oyendo Celine?— le pregunta el doctor.

—Tómelo con tranquilidad, al principio quizá sean solo susurros, luego, gradualmente oírás perfecto— le asevera.

Celine ve como la boca del médico se mueve hablándole, pero lo que oye son los bramidos de un toro.

—¿Qué tal, cómo oye?— le repite el doctor, mien-

tras le revisa minuciosamente los oídos; pero, otro bramido escucha Celine.

La enfermera se acerca con una alegre sonrisa, le arregla las sábanas y le dice:

— ¿Se encuentra feliz verdad señora?

Todo es incongruente, absurdo, la voz de la enfermera no es como recuerda ella la voz de una mujer, es el melifluo maullido de una gata. No responde nada, desesperada se tapa ambas orejas y después de un momento, las destapa de nuevo. La enfermera está cruzada de brazos diciéndole — No parece entusiasmada — Celine oye esta vez un bufido felino que sale de los gruesos labios de la enfermera.

En voz baja, el médico le está dando instrucciones a la enfermera. Pero ella lo que oye, son bisbiseos de bramidos entremezclados con maullidos. Ambos se retiran de la habitación y queda sola.

Celine, espera un pequeño rato y se asoma discretamente al pasillo contiguo a su habitación. De un extremo se acerca un carrito de limpieza, del que hasta el pequeñísimo ruido triquitran-te de las ruedas oye perfectamente; la empleada que lo conduce la saluda con unos — Buenos días señora — sin embargo, ella escucha un zumbido de abeja. Del otro extremo avanzan dos médicos que conversan entre ellos, el más alto y robusto ruge como un león y él otro bajito, le contesta con ladridos estridentes de chihuahua. Incluso, a un mensajero que llega por el ascensor saludando a

los que iba encontrando en el trayecto le oye los ululares de un búho.

Empieza Celine a experimentar una sensación terrorífica, el pánico se está apostando en todo su cuerpo, ya se refleja en su expresión y le tiemblan las manos. Regresa más nerviosa aún a la habitación, al cerrar la puerta escucha el ruidillo de las bisagras, se recuesta agobiada en su cama. Todos los sonidos del derredor los oye normales, todos, excepto los que salen de las bocas de las personas. La enfermera maulladora entra de nuevo en la habitación, le trae un sedante y baja las persianas; Celine sin replicar se lo toma inmediatamente, quiere dormir a ver si al despertar de nuevo, todo vuelve a ser normal. La pastilla le hace efecto rápidamente y una sensación agradable de abandono se apodera de su cuerpo.

Celine despierta al día siguiente, para encontrarse con la mirada castaña y una melosa sonrisa de la enfermera que le trae el desayuno, y con maullidos le notifica, que después llegaran para darle el alta. En ese mismo instante, Celine se da cuenta, de que ella aún no se ha oído su propia voz; hasta ahora solamente ha gesticulado, ha fruncido el entrecejo y sonreído escasamente. No se ha atrevido a responder nada a ninguna pregunta.

Llega el médico acompañado del doctor jefe de cirujanos, para orgullosos del resultado, darle el alta a su hospitalización.

—Con un destemplado relincho, el jefe de ciru-

janos le dice: —Hoy mismo se va usted Sra. Valderrme. Se podrá integrar totalmente de nuevo a todas sus actividades e investigaciones sobre la conducta del reino animal.

Celine con el corazón desbocado en el pecho responde — Muchas gracias.

Sin embargo, ella misma se oye con pánico, aterrada, como el balido de una oveja sale de su boca.

LA SILLA DE RUEDAS DE BERNARDO

Pies, ¿para que los quiero, si tengo alas para volar?

Frida Khalo

No pueden poner nuestras mentes en silla de ruedas.

La silla de ruedas es solo para el cuerpo.

Gaby Brimmer

Pon tu cara hacia el sol y no verás las sombras.

Helen Keller

Nos quedamos solos, él y yo, solos los dos en la penumbrosa luz del día muriente, allí, en el balcón. Como todos los anocheceres, ambos esperamos, el momento en que nos lleven a su habitación para que intente dormir, y yo, quede plegada en un rincón del dormitorio haciéndole silenciosa compañía hasta el día siguiente.

Su nombre es Bernardo Guersile. Bernardo es un hombre alto, de espaldas anchas, amplio el tórax y complexión fuerte. Ha envejecido mucho, ahora es un anciano de ochenta y nueve años, está débil y paralítico a partir de la cintura. Hace más de cinco años no se levanta de mi asiento, a menos que su hijo lo alce para llevarlo a la cama. Yo soy dedicada y callada, lo acompaño fielmente a donde quiera que él se dirija. Soy su inseparable compañera en el balcón, cuando lo asoman a ver el barrio, la calle y los transeúntes, también me

asomo con él. Soy su silla de ruedas.

Los sentidos de Bernardo se han agudizado de manera extrema, quizás para compensar su incapacidad, asimismo, los míos también. Los dos percibimos el zumbir de los insectos, el cri—cri del grillo, los cantos lejanos de los gallos de la barriada, el ladrido de los perros centinelas, la gritería alegre de los niños que asisten o regresan de los colegios. Vemos a las mujeres afanadas en barrer los portales, limpiar los empedrados, regar los jardines, y olemos como todo adquiere una aroma fresca y fragante a tierra mojada. El cafecero siempre con andar nervioso, vocea desde temprano de extremo a extremo de nuestra calle, el café reciente y aromoso. El vendedor de lotería grita los números ganadores con profética anterioridad y, algunos hombres se mueven afanosos en sus variados ajetreos de negocios y trabajos.

Los días festivos, desde el balcón, oímos el barullo chispeante del barrio, el corear de la alegría de las gallinas y las vecinas, y la música de la taguara de la esquina, donde los hombres con estrépito y bebida alegran sus cuerpos cansados del ajeteo de los días de la semana; mientras yo en mis fantasías, imagino que soy una silla de metal dorado, decorada, muy vistosa que hace las veces de un trono.

Durante casi siete años, él había soportado estoicamente sin chistar, el intenso dolor del problema degenerativo de su columna vertebral. Hasta que

se hizo insoportable, invalidante, y cuando acudió a los médicos ya era muy tarde, el mal había evolucionado demasiado, los cartílagos y los discos estaban terriblemente desgastados, se había sumido en una paraplejía. Era irremediable, el resto de su vida estaría confinado a una silla de ruedas.

Sin embargo, al principio del tratamiento meramente paliativo, durante casi año y medio, siguió rigurosamente las prescripciones de los médicos, las terapias de ejercitación, las dosis exactas de los medicamentos para el dolor, la rigidez y la parálisis, la dieta balanceada en la alimentación y, los primeros, inciertos y penosos, paseos por la cuadra que dimos juntos. Nada resultó, se hartó de esa disciplina que le restaba tanto a la poquísima libertad que le quedaba y aún así, seguía exactamente igual. Cierta día, decidió acogerse definitivamente a mí, no volver al terapeuta, tomar solamente las medicinas para las otras dolencias que lo aquejaban, y comer sin restricción alguna el alimento que podía y deseaba. Sólo se quedó con el paseo semanal por el barrio, en el que nos conduce su hijo durante una hora.

Recuerdo vivamente, cuando por vez primera, Bernardo levantó los ojos y se vio en el espejo de cuerpo entero, sentado sobre mí, encima de mi asiento y con mis cuatro ruedas; se sintió muy confuso, experimentó una sensación violentísima, casi de vergüenza. De repente, allí se vio, en el espejo, como si fuera otro.

— ¡Pero qué es esto! ¡Qué es esto! ¡Imposible! —
Gritó ese día volviendo la cabeza hacia un lado, y levantando ambas manos para taparse los ojos y evitar ver aquella visión. No había alternativa, yo sería de ahora en adelante parte de su cuerpo, sería sus piernas. A cada giro de mis ruedas, él tiene la sensación de avanzar en un mundo desconocido que le produce una angustia indefinible, la zozobra de un hombre inválido atado a una silla de ruedas, donde él es un extraño pasajero.

El hijo no puede ocultar su abatimiento por el estado del padre, y lo irritante que se ha vuelto su condición; la mayoría de las veces ya no acierta cómo comportarse; y Bernardo experimenta una turbación extraña al observar como su hijo y su nuera, se imponen conductas correctas pero forzadas, que solo traen el cansancio de una rutina; al ver como el tiempo ha ido adormeciendo los sentidos pacientes y enternecidos para con él.

Todas las noches, oigo sistemáticamente a su nuera que le ofrece encender la luz del balcón cuando estamos allí asomados, pero es en vano.

—No; estoy bien así— responde Bernardo.

Gestos espontáneos, menguas del rostro, parpadeos, temblor de los labios, todo el cuerpo se agita, pero las piernas están estáticas, petrificadas, totalmente sumidas en mis soportes. La tristeza secreta, los sombríos pensamientos anidan en su frente, y se marcan en la fijeza congojosa de sus claros ojos y en la palidez de su rostro.

Un tumulto interno de sensaciones amargas, le produce emociones oscuras y violentas que lo llenan de estremecimientos punzantes; es un sentimiento de pena que se le torna más agudo cada instante, es la imagen inválida de sí mismo que le llena los ojos y se le adentra espinosamente en el alma.

— Me parece que estoy... no sé, vamos, llévame al balcón hijo— suele decirle todos los días al amanecer y de nuevo otra vez cuando cae la tarde.

Allí, en el balcón, es el único sitio donde ambos concebimos la vida engrandecida y conmovida por los sentidos que emocionan el espíritu.

Es el atardecer, aún llovizna, miramos nuestra calle desde la atalaya del tercer piso donde vivimos; mirar es un embeleso, pero cierta angustia nos impide alegrarnos por completo. Es que Bernardo, siente su indefensión y yo la mía. Sus piernas son recuerdos remotos de sí mismo, ya no tienen memoria, ni conciencia; y yo me esfuerzo tenazmente en tenerlas por ellas.

Son las seis de la tarde, estamos oyendo un trío de piano de Schubert que suena desde la sala, y la fresca brisa de esa hora está soplando. Él suspira frecuentemente y siente que cada suspiro lo ahoga, es como si se fuera con ellos hacia algún sitio lejano. A veces, sacude la cabeza con un sollozo, más bien una congoja, es la taciturnidad que tiene origen en ese medio cuerpo. Está seguro que los demás no comprenden su situación. Quiere que

los hechos hablen por él, y yo, fiel testigo, permanezco muda, servicial y silenciosa.

— ¿Estás bien ahí?

— Bien, mejor que dentro del apartamento — responde.

— ¿Quieres acostarte ya? Va siendo hora.

— Cuando tú lo desees.

Los rayos de la luna empiezan a avanzar como fantasmas atravesando el balcón. Desearía Bernardo caminar fervientemente por todos los lugares a donde vuelan sus ojos, a donde sus oídos perciben los sonidos.

Cuando estamos solos, suele bajar la vista y sonreír ocasionalmente; levanta una mano y se acaricia varias veces el pecho en el lado del corazón, como queriendo decir que aún allí está su vida; otras, se revuelve enojado encima mío y oprime los puños hasta hincarse las uñas en las palmas de las manos, como cautivo de un ímpetu de rabia y lamentos que quisiera contener, y en ocasiones, lo veo apretar los labios, restregarse los ojos, agitar la cabeza y llorar descorazonadamente.

Suele Bernardo, espiarse secretamente las piernas cuando nadie lo ve, solo yo, con el ánimo alerta y siempre vigilante de ver si ellas en algún momento, responden con un movimiento por imperceptible que fuera, mas yo que las sostengo, sé que no hay la mínima vibración siquiera; sólo siento la rugosidad de la suela de sus zapatos negros con el cuero ligeramente desgastado.

Una vez, hace más de cuatro años, solía varias veces decirse Bernardo, que él sabría bastarse solo, se lo oía decir en voz muy baja, en susurros repetidos. La realidad de su padecimiento le demostró que eso era un imposible. Está destruido, como si la frenética racha de una tormenta lo arrasaría perennemente. Intentó convencerse de que esto que le había ocurrido pasaría con el tiempo, mas ya sabe que no es así.

— ¡No, no! ¡Nunca más, nunca más caminaré! ¡Imposible! Siempre es peor un día que el anterior, el cuerpo envejece y no ayuda, al contrario se vuelve otro estorbo — se grita para si desesperado al quedar solo conmigo.

Siempre después de comer, permanecemos un rato en la mesa, él se recrea con el ajeteo y el sonar de los platos, los vasos y los cubiertos, mientras la nuera los recoge aleteando como una mariposa en derredor, y yo permanezco en mi mutis mecánico ayudándolo a sostenerse.

De vez en vez, Bernardo repasa los álbumes de fotografías, y en voz baja que solamente yo oigo, va describiendo cada una de las fotos de aquellos gozosos días en que era un andariego; se le humedecen los ojos y el rostro se le transforma, y yo me siento un armatoste, no aparezco en ninguna de las fotografías. Cada vez se le recrudece más la tristeza; cree que aún le queda algo por hacer, aunque no sabe qué.

Le oigo rezongar:

— Esto soy ahora, un viejo carcamal sobre dos patas rígidas de pájaro disecado— Ese pensamiento no se los puede decir a su hijo, ni a su nuera, ni a nadie, ni siquiera insinuarlo, solo yo lo comparto. Ante ellos, ni una queja, ni un ademán de hastío. En medio de la noche, advierte sus propios huesos, los huesos largos y fuertes de sus piernas, no le duelen, no se estiran, ni se encogen, al contrario, permanecen rígidos, vacíos del más insignificante movimiento; sus piernas son dos fardos sobre la sábana, mientras yo permanezco fruncida y plegada muy cerca de su cama.

Un anochecer, mientras ambos estamos en el balcón, le oigo preguntarse en voz alta:

— ¿Dónde me encontraré en el momento de mi vida a la hora de morir? Ojalá muera al anochecer, en este balcón, aquí, sentado en mi silla de ruedas.

Al oírlo, todo mi engranaje se estremece de congoja, de agradecimiento y de miedo a quedarme sola.

Pronuncié una respuesta, le estaba diciendo, yo, su silla de ruedas, le decía:

— Cuando llegue ese momento, yo quiero morir también.

Hablaba suavemente Bernardo, y yo pude oírle claramente que me responde:

— De acuerdo, aquí estaremos ambos, en este balcón haciéndonos sombra los dos.

YOSELIA Y EMIRO

*Si la pasión, si la locura no pasaran
alguna vez por las almas...*

¿valdría la pena vivir?

Jacinto Benavente.

*El romper de una ola no puede
explicar todo el mar.*

Vladimir Nabokov.

*Hay pasiones que la prudencia enciende
y que no existirían sin el riesgo que provocan.*

Jules d'Aureville.

Era el año 1948. El pueblo “La Virgen de las Cruces”, estaba rodeado por una herradura de montañas de la sierra, eran unas ciento veinte casas de ladrillo blanqueado, un riachuelo que llevaba agua durante todo el año, la faena de la siembra, y algunos baratijeros que cruzaban la serranía llevando mercancía a los habitantes.

De la noche a la mañana, cerca del atardecer, llegó un nuevo párroco para la feligresía del pueblo. Sin explicaciones del porqué, del cambio repentino del viejo presbítero anterior, con quien desde hacía tantos años se sentía tan bien la gente del poblado.

El pueblo entero, se había preparado para recibirlo. Las dos esqueléticas campanas repiquetearon dándole la bienvenida. Hubo alboroto de las mu-

jeros y los niños, era la novedad. El cielo acompañaba la llegada del sacerdote.

Emiro se llamaba el nuevo sacerdote, era un hombre de 53 años, bien plantado, erguido, quemado por el sol de la región playera de donde procedía, con la mirada almendrada, el pelo demasiado negro rizado, una barba corta bien cuidada y, la sotana y el alzacuellos impecables. Con un vozarrón bendecía a diestra y siniestra mientras avanzaba balanceándose entre los pobladores, y los hombres del pueblo le cargaban la maleta y tres bultos. La calle se llenaba de algarabía que se contagiaba y propagaba por todo el poblado.

A los pocos días, llegó también un personaje, era un bohemio, un pintor de paisajes y escenas rurales; se llamaba Lorenzo, tenía unos 47 años, de nariz fruncida, labios ávidos, lujuriosa mirada y una sonrisa cómplice de todo; se pasaba las mañanas pintando, medio desnudo y mordisqueando frutas, y por el atardecer, salía con su jeep a recorrer los parajes; los entendidos de la ciudad daban a sus obras gran valía. Se alojó en la única posada que existía en el lugar, que era de apenas dos habitaciones.

Entre las alborotadas feligresas estaba Yoselia, tenía 46 años, llevaba veintiún años de casada y una hija en la capital. Su marido Albiro era agricultor y chofer; sembraba, cosechaba y transportaba en su desvencijado camión, la mitad de la cosecha del pueblo incluyendo la suya, hasta la capital a

59 kilómetros, tres veces a la semana. Era Yoselia, una mujer de estatura media, contextura regular, de perfil no definido, con una cabellera pelirroja casi metálica algo larga, ojos claros saltones y la boca grande armonizando con los ojos, tímida en apariencia, silenciosa y esquiva.

Yoselia se aburría mortalmente en su relación marital y en el pueblo; de las manos suaves que la acariciaron al principio de su casamiento, a las ásperas, torpes y siempre terrosas manos del Albiro de ahora, habían transcurrido muchos años de silencio, apenas interrumpidos por las mañanas con el canto de los gallos, al atardecer por el mugir de las vacas y los terneros, y todas las noches puntualmente, los ronquidos que zumbaban en la habitación matrimonial. Se esmeraba en cuidar las flores de su pequeño jardín, pero hasta de éstas se estaba cansando.

Su hija se había ido a la capital, hubiera deseado ardientemente irse también, pero sabía que Albiro habría quedado destrozado; además, no podía engañarse, su hija se opondría firmemente, más no por la tristeza del padre, sino porque se iba en busca de horizontes nuevos y quería explorarlos ella sola. Y allí se quedó Yoselia, en el pueblo de “La Virgen de las Cruces”, donde todo olía a toronjil; las casas, la lluvia, la gente y la comida.

La iglesia de “La Virgen de las Cruces” era una construcción sencilla, tan simple como el caserío mismo, repantingada frente a la plaza en la que

solían jugar los niños y asolearse los más ancianos al tibio sol con su polvillo dorado; había sido levantada varias décadas atrás. Presidía el altar una virgen sosteniendo una cruz en cada mano, en lugar del niño en el regazo como de costumbre, y tenía un manto cuajado de cristalillos de colores de bisutería, y los bancos de la iglesia eran de oscuras maderas agrietadas. Anexa a ella, la casa cural, bien distribuída en tres habitaciones; una era el escritorio donde penetraba un solecito alborozado y de la calle se oía el canturrear de los pájaros; la segunda, la habitación del cura, con ese olor peculiar que el último sacerdote había dejado impregnado; la tercera la cocina y un pequeño baño.

El padre Emiro ejercía cabalmente sus funciones de párroco, misas diarias de madrugada y al atardecer del domingo, santo rosario los viernes, visitas a las casas llevando su cristiano mensaje sobre las virtudes y la promesa de la salvación eterna en un sitio de paz que se llamaba cielo, mientras, los campesinos le hablaban de sus hijos, sus tierritas y le contaban las historias del pueblo; él, enseñaba a rezar clavando los ojos confiados en el firmamento; daba asistencia espiritual a los enfermos y oraba por la salvación de las almas; recorría en paseos el pueblo, y todos los que se encontraba lo saludaban inclinándose y besándole el dorso de su mano, además, escuchaba y absolvía los “pecados” pues acababa sabiendo casi todo de todos

los habitantes del pueblo en el confesionario.

Los días en la aldea, semejaban relojes: con exactitud, a las seis, las campanadas de las plegarias mañaneras, y a las siete la misa diaria; al finalizar la tarde a las seis en punto, la oración del Ángelus y al anochecer, a las nueve, las campanas tañendo para el recogimiento del pueblo.

Al enterarse Yoselia de la llegada del nuevo sacerdote, y ponerse al corriente de que la parroquia ya no tenía asistenta, se ofrece para realizar el trabajo que la anterior desempeñaba. Este consistía, en limpiar y ordenar la sacristía, mantener las velas encendidas y el incensario preparado para los actos litúrgicos, desempolvar y abrillantar continuamente las imágenes, reordenar los escasos libros, limpiar el baño y preparar el almuerzo. Todo ello tres veces a la semana, los mismos días que Albiro viajaba con su camión y ella no tenía trabajo en su casa. Mientras hacía sus labores en la parroquia, a cualquier observación o mandato del padre Emiro, Yoselia contestaba con un —Será como Dios quiera — a lo que el cura respondía — Amén —

De un día para otro, Yoselia sintió gozoso su cuerpo, como si danzaran en su interior unas sensaciones muy íntimas. Con los ojos entornados, veía officiar al sacerdote en los servicios religiosos, y como una autómatas se levantaba y arrodillaba al unísono con los demás parroquianos; aspiraba el olor de las velas encendidas, el del incienso y el de la humedad de las piedras del templo que

siempre había protegido a los pobladores de las congojas y alejado de los peligros con fruición.

Fue un delirio, un frenético ensueño en el que Yoselia se encendía como si una luz de otros cielos más carnales se le prendiera en el cuerpo exaltado de una divina voluptuosidad. El pulso se le aceleraba cada vez que el padre Emiro aparecía frente a ella. Se había enamorado del sacerdote.

Se planteó Yoselia una estrategia seductora. Se compró un par de vestidos floreados, se pintó la boca de un rojo subido, se desenredó el cabello y lo recogió a un lado con la flor más hermosa del jardín de su patio; recortó el largo de los vestidos, se quitó las toscas medias largas, se acentuó el escote, compró una colonia al árabe que llegaba una vez al mes al poblado; bordó con esmero en azul oscuro las iniciales del sacerdote en toda la ropa de él, desde las medias hasta las toallas; en la misa se sentaba en la primera fila con el propósito de que el cura no pudiera perderla de vista; no desaprovechaba pisada vigilándolo subrepticamente y, hasta llegó a confesarse con él, admitiendo que amaba a un hombre prohibido a pesar de estar casada.

A todo esto, el cura respetuosamente, a diario, echaba una ojeada al escrupuloso orden de la sacristía y la iglesia, y le comentaba sin mirarla a los ojos, cuan eficiente estaba haciendo su trabajo, nada más, siempre acompañando con la acostumbrada bendición. Yoselia pensaba empecinada,

que su digno cargo de sacerdote de la parroquia de “La Virgen de las Cruces” le impedía otras manifestaciones; pero con el tiempo y su insistencia, él se enamoraría de ella, como ella frenéticamente lo estaba de él.

Ese día viernes, se le hizo a Yoselia muy tarde en su trabajo, ya el sol amenaza con desaparecer su corola en el horizonte. Ella había sacudido los muebles y limpiado la ventana del escritorio. El sacerdote debía estar en su habitación, recostado leyendo como acostumbraba a esa hora. Siempre solía Yoselia irse puntualmente mucho antes, y dejaba las llaves al pie de la imagen de un san Pablo alumbrado por una vela que ella misma dejaba encendida, pero ese día ya empezaba a anochecer.

Un momento antes de irse, decidió cortar unas flores frescas del jardín que estaba detrás de la sacristía, para colocarlas en un jarrón porcelanado sobre el escritorio, como una muestra más de su profundo amor por el párroco Emiro.

Al ir a abrir la puerta que daba al jardín trasero, oyó el rugido de un motor. Vio el jeep del pintor Lorenzo y al padre Emiro en su interior abrazándose y besándose apasionadamente.

A Yoselia le temblaban las extremidades, la trastornaba la pasión con la que el cura Emiro acariciaba el rostro, el cuello, y besaba en la boca a Lorenzo. Estrujó las flores que llevaba y arrugó a puñetazos de rabia su propio vestido; le parecía no

poder moverse, las piernas se le hicieron cada vez más pesadas y ni un músculo de su cara se agitó por instantes. No podía engañarse, se daba clara, clarísima cuenta, de lo que allí estaba sucediendo. Sintió todo chocante, insólito, no conseguía convencerse sobre lo que veía. Se sentía extraña y azorada; removi6 lentamente la cabeza de un lado a otro como queriendo negárselo a si misma; al final, lloraba, lloraba estremecida, con un ímpetu de sollozos que intentaba sofocar sin lograrlo. No lo habría sospechado nunca, no imaginaba al padre Emiro, tan circunspecto, tan solemne, con una modulación del habla tan prudente y expresiones reflexivas cargadas siempre de religiosidad y misticismo; el mismo al que le había oído exhortar desde el pequeñísimo púlpito con emoción, sobre la moralidad de la castidad y sus virtudes, con un lenguaje dulzarrón plagado de citas bíblicas, mientras los feligreses adoptaban la extraña posibilidad de suprimirse a ellos mismos al oír las lapidarias frases “Los designios del Señor son inescrutables” y “Para morir nacemos, el cuerpo no importa, debemos salvar a toda costa el espíritu”. No podía figurárselo y, la gente del pueblo ni pensarlo.

Ante los ojos del poblado de “La Virgen de las Cruces”, todo estaba en orden, nada había cambiado, pero para Yoselia, su vida de pronto se le tornó en irrealidad.

Allí estaba el padre Emiro, el sacerdote Emiro,

el cura Emiro, el presbítero Emiro, el párroco de su parroquia, en el asiento delantero del vehículo acariciando y besando desenfrenadamente a Lorenzo el pintor. Yoselia se retorció las manos, apretaba los dientes y exclamaba para sí: ¡No puede ser! ¡Él no! pero, también se decía ¡No llores! ¿Por qué llorar? ¿Acaso el padre Emiro no te enseñó que el destino de los hombres en esta tierra lo diseña Dios? ¡Ese Dios lo habrá querido así! y... ¿Si Dios me ayudara? monologaba en voz baja diciéndose todo a sí misma con una trizadura en la garganta.

Se había enamorado Yoselia del padre Emiro, pero él... el padre Emiro estaba enamorado del pintor Lorenzo.

Andando lenta y pesadamente, Yoselia desesperada emprendió el camino de regreso a su casa; a esa hora no encontró a nadie, el pueblo estaba recogido, anocheceía, la luna estaba pálida y reducida a una cuchilla filosa, y un farol en la esquina de su casa dejaba colar un finísimo rayo de luz. Con los párpados hinchados se arrojó vestida sobre la cama matrimonial. Una chispa agonizante de una estrella se colaba en la habitación que se extendía y brillantaba su pelirrubia y metálica cabellera. Se recostó y se cubrió con una áspera manta gris con la que se arrebujó entre gemidos.

Dentro de su mente, se deslizaban sin cesar las escenas vistas; eran celos fortísimos entreverados con un nuevo sentimiento para ella. Algo inde-

finible lo que experimentaba y le arañaba muy adentro del cuerpo con rabia, despecho y repugnancia a la vez. No volvería nunca a la parroquia, todo lo comprendía ahora con claridad. El rostro de Yoselia carecía de expresión, y un cuajarón de rencor le empezó a subir por la garganta.

¡Cómo podía cambiar todo con tanta celeridad!

Sintió al pueblo “La Virgen de las Cruces”, más aletargado que nunca, asfixiado, acorralado por las faldas de las montañas de la sierra que lo rodeaban todo, excepto por una única salida empedrada y luego pavimentada hacia la capital. Sin embargo, en el poblado, todo acontecía como siempre y la vida fluía calmosamente.

En ese instante, la campana parroquial repicó puntual en el apacible anochecer del pueblo, avisando que ya eran las nueve, y era la hora de recogerse sus habitantes. El mudo andar de las voces abandonó la calle, la sombra ciñó la soledad de las piedras y los bancos de la plaza.

Del cielo se desprendió la noche que llegaba, y el silencio trenzaba sus cuerdas sobre el pueblo.

Yoselia ya no lloraba.

Contenido

- 9• El mundo ceniciento de Marcelo
- 15• Las llamadas
- 23• Las sortijas de la transparencia
- 31• Era una mariposa
- 43• El milagro de Ersilia
- 49• La rosa de Otilia
- 63• El insomnio de Matías
- 71• Una obra de aliento
- 81• ¿Así acaba todo?
- 89• Hilda y el espejo
- 97• El balido de una oveja
- 103• La silla de ruedas de Bernardo
- 111• Yoselia y Emiro

Este libro se exportó para su impresión en Amazon el día 26 de diciembre de 2019, en el Taller Editorial del poeta **Luis Perozo Cervantes**, ubicado en la ciudad de Maracaibo, en el estado federal del Zulia, al norte de Suramérica, en continente descubierto por Cristobal Colón, dentro del Planeta Tierra; en el mismo día pero de 2017 en que falleciera el artista escénico Beto Parra (n. 1934).

www.sultana.com.ve